

HISTORIA VULGAR

RAFAEL DELGADO

Edición y notas
Beatriz Rosas Bocanegra

Presentación
Luis Arturo Ramos

I

EL TEATRO REPRESENTA...

¡Quince días de lluvia! ¡En todo ese tiempo no asomó el sol por aquella comarca, y el rubicundo, aunque tanto se le echaba de menos en aquella ciudad de las almas tristes y del eterno fastidio, no daba señales de vida! ¡Vaya con el muy cobarde que no arremetía contra el nublado! ¡Vaya con el zalamero tornadizo que de abril a junio se había portado como pocas veces, asiduo, constante, obsequioso y puntual en aquel cielo de ordinario brumoso!

Allá por San Juan y San Pedro —¡valiente par de llorones!— el mejor día, de tres a cuatro, oyéronse truenos lejanos y nublado repentino y denso anuncia próxima lluvia.

“¡Aparatos de agua!”, dijeron los campiranos, haciendo un gesto casi doctoral.

Pero todo fue puro ruido y música celeste, y no hubo nada: unas cuantas gotas, y pare usted de contar.

Los campos estaban sedientos, polvorosos y resecos caminos y veredas, amarillentos y tostados gramales y praderas, mustios los follajes, y los ganados pereciendo de sed.

Al día siguiente el calor fue insufrible; pero esa tarde el sol se puso todavía en un cielo limpidísimo, que semejaba un océano de zafiro en cuya superficie flotaban corpúsculos de oro. La noche se engalanó como una reina, lució miríficos diamantes, y de once a doce dejó escuchar el río los rumores plácidos de sus linfas parleras, los vientecillos de la sierra trajeron a la ciudad insomne y enervada susurro de arboledas y oleadas de frescura; pero al otro día, a la hora de la pitanza, cuando el sol muy resplandeciente y orondo, pródigo de luz y de calor, se disponía a descender vanidoso, haciendo alarde de su

guapeza, sopló repentino huracanado viento, el cual tendió sobre la vega y prendió en las cúspides pardos cortinajes.

Cayeron gruesas gotas, hubo relámpagos y truenos, y un aguacero diluviano vino a regocijar campos y personas.

El sol no volvió a dejar que le viesen el rostro.

Sabíase que pasaba... pero ¿verle? ¡Quia!

Y no cesaba de llover, ni cesaría en mucho tiempo: los montes estaban envueltos de arriba a abajo en luengos capuces que llegaban a la llanura para velar con crespones grises las arboledas de los huertos y los carrizales y saucedas del río.

A la lluvia desatada y copiosa sucedió la menuda y pertinaz, y cuando la nublazón iba poniéndose rala y hasta descubría claros luminosos y cerúleos, tornaba el aguacero y volvía el chipichipi, la lluvia finísima, casi casi invisible; y los gallos, que tan alegres y engañados habían saludado el advenimiento del buen día, callaban ateridos y caían de nuevo en su modorra.

Los caminos estaban intransitables, y las gentes de los contornos no venían al mercado.

Pasaban los días largos y tediosos, y la ciudad, de suyo melancólica y silenciosa, parecía un campo santo. Las carretas de las haciendas próximas, con las ruedas cubiertas de lodo hasta las mazas, iban por la ciudad perezosas y lentas, arropadas con petates protectores de los panes de azúcar. Uno que otro ranchero cubierto con la manga de hule, recogida la cola de la caballería, friolento y aburrido; algún peatón lodoso venido de la sierra; un grupo de indígenas cargados de carbón mojado, sobre el cual hacían gala de su belleza rústica fragantes claveles rojos y azucenas níveas. Tal era aquellos días el aspecto de Villatriste. Y las muchachas se estaban en casita, detrás de las vidrieras, y los petimetres

en privanza, no lucían los caballos bonitos, ni las ricas monturas, ni el pantalón ceñido, ni la chaquetilla donairosa, ni el sombrero engalanado de oro, prendas de suprema elegancia ostentadas en competencia tenaz contra los mozos mejor plantados de Villaverde y Pluviosilla,¹ perlas incomparables de las enfloradas márgenes del Pedregoso y del Albano.

El teatro abierto en Pascua había cerrado sus puertas el día de Corpus, y los cómicos, la excelente compañía de don Antonio Pérez del Campo actuaba a la sazón, muy aplaudida y festejada, en Villaverde y en el teatro Pancracio de la Vega, donde la primera actriz, Estela del Camino, hacía las delicias del público villaverdino, que era muy dado al drama lacrimoso por haber gustado muy poco hasta entonces, y eso en dosis homeopáticas, las dulzuras incomparables del género chico. ¡Ni bodas ni riñas, ni fiestas religiosas ni corridas de toros! Paz de tumbas reinaba en Villatriste, la turbulenta mocedad so pasaba la mañana, la tarde y la noche en el billar de don Fernando Gómez, donde, mientras unos se entregaban a interminables partidos de carambola, otros, y con ellos muchas personas de viso, entretenían el tiempo con el devocionario de las cuarenta hojas.

Las niñas Quintanillas —muy señoras mías y de todo mi respeto—, se morían de fastidio en su casita vetusta, recientemente enlucida y enjalbegada; se morían de tedio —ellas que eran tan amigas de subir y bajar—, deseosas de salir por aquellas callejas a dejarse

¹ Manuel Sol en la introducción a *La Calandria* (1890) comenta que Pluviosilla “tanto por sus edificios como por su topografía, no es otra ciudad que Orizaba, Veracruz. *La Calandria* se desarrolla en Pluviosilla, ciudad a la cual se le relaciona con la lluvia menuda, constante que da a la ciudad de Orizaba un tinte de melancolía: ‘Las mañanas son casi siempre limpidas y serenas. Las lluvias nocturnas y vespertinas refriegan el valle, y los vientos matinales llegan a la ciudad esparciendo deliciosa frescura embalsamando el aire con los mil olores de la cordillera’. (Rafael Delgado, *La calandria*, Manuel Sol, edición introducción y notas, México, Universidad Veracruzana, 1995, p. 189.). En *Angelina* (1893), segunda novela de Delgado, se describe a Villaverde, (Córdoba, Veracruz) por su entorno rural, sobre todo a los huertos y naranjales: “Villaverde es una ciudad de ocho mil habitantes. Situada entre los pliegues de una cordillera, en valle pintoresco y dilatado, circundan de risueñas colinas y de montes altísimos, Villaverde, como la isla de Calipso, goza de una constante primavera” (Rafael Delgado, *Angelina*, Antonio Castro Leal, edición y prólogo, México, Porrúa, 1947, p. 41).

ver; que lo bueno y hermoso fue creado para que lo alumbre el sol, y no para estar guardado en un rinconcillo de la casa. Mientras la mayor, Carolina, cosía en la máquina, y Rosa cortaba un vestido arrodillada en el tapete, Leonor devoraba, que no leía, una novela que desde muy temprano la traía en vilo: *Los celos de una reina*.²

Los visillos de la vidriera, recogidos a cada lado con cintitas rojas, dejaban ver la calle mal empedrada y lútea, el arroyo cubierto de hierba, la acera mojada, y la tienda de don Patricio Terreros, la tienda del sueño —como decía Carolina—, la tienda innominada de don Patricio, un especiero flemático, más comprador de café que abarrotero, soberano de su escueto mostrador, y que, a todas horas soñoliento, se pasaba la vida repantigado en un sillón monacal, en espera de marchantes o de algún tertuliano de esos que tanto abundan en las ciudades chicas.

No paraba la máquina; la embebecida lectora no soltaba el resobado volumen, y Rosa cortaba y cortaba, siguiendo el contorno de un patrón.

—¡Don Patricio está roncando a par con su gatito! —exclamó Carolina.

—¡Como siempre! —dijo Rosita, mirando hacia la tienda.

—¡Así roncaremos todas el mejor día! —agregó Leonor exasperada, cerrando el libro, a tiempo que su hermana dejó las tijeras y recogió los recortes de la tela, un percalito barato sembrado de florecitas rojas menudísimas, producto de las fábricas de Pluviosilla.

Las tres muchachas bostezaron, y cada cual volvió a lo que tenía entre manos: a su costura Carolina, Rosita a su percal, y Leonor a las emociones de la novela.

Atardecía; seguía lloviendo; un cielo plúmbeo pesaba sobre Villatriste, y el ruido monótono e invariable del agua adormecía las almas y las cosas.

² *Los celos de una reina y el amor de una muger: novela original* (1849), obra de Torcuato Tárrego y Mateos (1822-1889), escritor, músico y periodista español.

Carolina, al parecer muy atenta a los respuntes de su máquina y al justo enlace de la tela que corría y corría sobre el platillo niquelado, dióse a pensar en cosas íntimas y muy personales, en tanto que, delante de ella, flamante, esponjado, en amplias ondas, despidiendo cierta fragancia de almacén, caía el aderezado percal, rebelde al propio peso, y pronto a convertirse en falda donairoso.

Tras largo silencio, exclamó Leonor, dejando el libro:

“¡Ya no se ve!”

Fuese la Rosita, encendió un quinqué, una lámpara de petróleo, de quemador cilíndrico y pantalla blanca, muy limpio y bien dispuesto; trájole, le puso en la máquina, y apresurose a recoger tela, recortes, tijeras y patrones. Leonor atisbaba a los transeúntes.

—¿A dónde irá Pepe López? —preguntó vivamente—. ¿A dónde? ¡A la cantina o al billar! ¡A jugar albuces! ¡A la ocupación diaria de esta elegante, dorada juventud! ¡Y bien visto! —prosiguió— ¿qué han de hacer estas gentes? Una puede vivir, si vivir es morirse de fastidio, aquí entre las cuatro paredes de esta casa; pero... ellos... Yo no los culpo. ¿Qué hacerse en una tierra donde la única distracción consiste en chismear y, cuando no llueve, oír en la plaza, dos veces por semana, los danzones oliscos y las mazurcas fósiles de la banda municipal? ¡Vaya! —agregó variando el tono—. Ahí viene Luis Gamboa... ¡Y qué guapo que viene! ¿Cuándo llegaría? Éste se dijo: “¡A lucir... el paltó!” ¡Y... mírenlo qué correcto y enguantado que va! ¡Un figurín! ¡A la última de París!

Un organillo destemplado soltose tocando en la esquina próxima música de *La Gran Vía*.

Caballero de Gracia me llaman...³

³ *La Gran Vía* (1886), zarzuela en un acto y cinco cuadros. Música de los españoles Federico Chueca (1846-1908) y Joaquín Valverde (1846-1910), y letra de Felipe González (1854-1910). Se estreno el 2 de julio de

II

LAS QUINTANILLAS

Carolina, Rosa y Leonor...

¡Tres perlas! —en opinión de don Patricio Terreros, vecino de tan buenas personas—. ¡Y qué perlas! De las mejores, de las que no abundan en Villatriste, de las que pronto no hallaréis, ni para remedio, ni en Villaverde y ni en Pluviosilla... —dice el viejo.

¿Edades? No es de correctos el tema cronológico; pero, a fuer de historiadores imparciales y de cronistas verídicos, debemos tratarle con el honrado propósito de cimentar debidamente esta novela.

Carolina: treinta y cinco, bien llevados, sin canas, ni arrugas impertinentes, ni obesidad inoportuna.

Rosa (Rosita, como la llaman todos): treinta y dos, muy frescos y floridos.

Leonor: veintinueve (aunque ella afirma que aún no cumple los veintisiete). Lozanas, sugestivas y núbiles, si hemos de dar crédito a ese pícaro de Luis Gamboa, lengua rayada y amigo de ponderaciones galantes.

Total: una jamona incipiente; una muchacha avanzadita, y... una joven retrógrada, enemiga reflexiva y franca de los estudios cronológicos. Pero, eso sí, las tres muy simpáticas y amables, llenas de gracia y de saberes, capaces de cortar un cabello en el aire y a lo largo.

1886 en el Teatro Felipe de Madrid. El argumento se basa en los comentarios surgidos en Madrid por la apertura de la avenida La Gran Vía. La zarzuela satiriza la política, los tipos madrileños, los sirvientes, rateros, etcétera. *Caballero de Gracia me llaman*, vals que forma parte de la zarzuela.

Murió la madre hace veinticuatro años, y quedaron al cuidado de una tía, Refugio, quien las educó de la mayor manera como le fue posible, y como se pudo, dada la pobreza de don Antonio, padre de las tres.

El hígado, más traidor en Villatriste que en cualquier otra parte, llevose a la tía tras largo padecer, y las chicas se quedaron solitas, dedicadas a atender y mimar al señor don Antonio, empleado viejo, ahorrativo, económico, blando de carácter, dulce de palabras, estimado y querido de cuantos le conocen y le tratan. Le doblegan los galvanos, pero aún está fuerte por mucho que le haya encorvado el trabajo y por más que le tenga triste la pérdida de su hijo Toño —intermedio entre Rosita y Leonor—, guapo mozo, muerto en la flor de la edad, víctima de sus aficiones hípico-taurófilas y de su amor a fiestas y parrandas. Don Antonio, modelo de oficinistas y ejemplo de resignación y de entereza, vive complacido de sus tres hijas, y si no quiere dejar pronto este valle misérrimo, tampoco desea que se le casen las muchachas. “¡Para qué! —suele repetir en la receptoría, cuando se trata de eso—. ¡Vivimos tan felices! ¡Qué hijas! ¡Dios me ha bendecido! ¡En mi casa no hay disgustos, señores; en mi casa no hay novios, ni líos, ni entrantes ni salientes; en mi casa no hay fiestas ni bailes!”

Ciertamente, las chicas son buenas. Cuanto a los entrantes y salientes, no dice verdad el bueno de don Antonio, porque sí entran y salen... algunos buenos amigos.

¿Fiestas y bailes? No los dan nunca las Quintanillas, pero las tres concurren a unos y a otros siempre que hay bailes y fiestas en Villatriste.

No faltan en ellos las Quintanillas —a menos que su padre esté con el reuma—, no faltan y van siempre muy lindas, modestas y elegantes, y con ellas el señor don Antonio de levita negra y corbata blanca.

Conviene saber que las muchachas heredaron de su tío materno la casita en que viven. La finquita era mala y vieja, pero las niñas, que no son lerdas, se dijeron: “¡A componerla!”, y, con algunas economías y algo de pecunia recibida con la casa, reedificaron ésta, la arreglaron a su gusto, y la dejaron como una tacita de plata. Y allí moran, charlan y se fastidian.

Es digna de ser estudiada la tertulia de las Quintanillas. Es una reunión de confianza. Empieza a las ocho de la noche y acaba a los once. En días de lluvia o de norte se reúnen en la salita; las noches calurosas en el corredor, sitio fresco y ventilado, donde se goza del ambiente del patio y del aroma de las flores que le engalanan y embellecen: mosquetas, jazmines, lirios, flor de cera y hueledenoche.

Don Antonio juega ajedrez con algunos de los tertulios, de ordinario, con uno de sus compañeros de oficina, y mientras, no lejos de él, hacen labor las niñas y departen sabrosamente con sus amigos: Pepe López, Ernesto Carriles, Paquito Redondo y Lorenzo García. Suelen ir de tiempo en tiempo las señoritas Miramontes, un par de profesoras, dueñas del Colegio Católico de Santa Isabel de Hungría, y a las veces van a echar su párrafo hasta las diez, doña Mónica Ferreira, jamona perdurable y devota que sabe todo y cuenta cuanto sabe, y su sobrinita Magdalena, una criatura de veinte años, bisoja y enclenque.

Conversan allí que es una gloria, y entre un jaque a la reina y un me como ese cuaco, se hace la crónica diaria de cuanto acaece en la pacífica ciudad.

Lo que don Antonio se gana en la receptoría, no basta, sin duda, para el mantenimiento de aquella familia, pero las muchachas completan perfectamente el presupuesto. ¿Cómo? Ahí está el busilis. Hacen pastas y conservas, arreglan y adornan sombrerillos, venden libros, estampas, cintas y telas que las Quintanillas compran en

México por medio de un su amigo, y que luego colocan con buena ganancia entre las familias de Villatriste. ¿Hay un baile? ¿Quién se encargará de cuanto se refiere a la bucólica? ¡Pues... ya se sabe, las Quintanillas! Ellas preparan los jamones en dulce, los emparedados ligerísimos y sabrosos, las aceitunas adobadas, los bizcochos de almendra, los pastelillos rellenos de crema y de pasta de membrillo o de mermelada de albaricoques, y unas gelatinas tan gratas al paladar como a los ojos, trémulas, límpidas, incitantes, las unas como gigantescos topacios; las otras, las de leche, como grandes florones de alabastro o de ágata.

Las Quintanillas se pintan para eso; preparan todo, ponen y arreglan la mesa, y corren a su casita a ponerse guapas para volver a la fiesta en la cual tienen vara alta, dirigen las cuadrillas y se portan discreta y elegantemente.

¿Se trata de una fiesta religiosa? Allá están ellas, adornando altares, vistiendo santos y angelitos, haciendo ramilletes y poniendo en el altar, para evitar torpezas de sacristanes, cirios y candelabros. Sólo en Pluviosilla, en Santa Marta, serían superadas las Quintanillas.

Y en todo ganan, no sólo estimación y simpatía, sino algunos durillos, los cuales sirven para cubrir el déficit, para comprar vestidos y para embellecer la casita, que parece de personas que viven desahogadamente.

Charla que te charla, cose que coserás, se hace todo alegremente en aquel corredor risueño y fragante entre palmeras frondosas, calateas lozanas, camelias florecientes y jazmineros floripondios, o en la salita cuca, con su ajuarcito de Viena, sus velos tejidos y adornados con moños crema, sus jarrones azules, sus conchas miríficas, que hacen soñar en los prodigios de los jardines submarinos, sus abanicos y sus parasoles japoneses, y su gran espejo biselado, delante del cual luce su gallarda faz una musageta de bronce, alta la frente apolínea, y en manos vibradora lira; linda estatua con la cual remata un reloj de chimenea,

obsequio del doctor Morfina (así le pusieron en Villatriste), del doctor Velarde, malogrado pretendiente de Carolina; un mozo de buen parecer, inteligente y de fácil palabra, el cual se ausentó de pronto, se fue a Villaverde, y allí, el mejor día se casó con una joven modosita y pacata, heredera de cuarenta o cincuenta mil duros.

Carolina no chistó ni mistó. Para bromas, condolencias y alusiones, tuvo sonrisas y disimulos, y... adelante con la soltería, que no es mal estado al decir de los moralistas. Y allí está el apolo, diciendo a todas horas a Carolina que no hay que fiarse de los hombres. Rosita fue novia de un sobrino de don Patricio, escribientillo de notario, un pelinegro, de ojazos muy vivos, bien trapeadito, bailaror excelente, muy dado a las modas últimas, y que se echaba encima cuanto se ganaba en la corachuela. Pero Ernesto, tal era el nombre del galán, cogió ley a las cuarenta, y éstas, infieles y pérfidas, le arrastraron por senderos de irremediable perdición.

Rosita se quedó muy campante, al saber la fatal noticia se compadeció de los infortunios del muchacho y cortó por lo sano. Cuentan que Paquito Redondo no la ve con malos ojos. Paquito es tonto, pero tiene dinero y carece de vicios, y acaso, si se atreve a declarar su atrevido pensamiento, diga Rosa que sí, y tengamos boda.

A Leonor... a Leonor le tienen miedo en Villatriste. Es bonita, elegante y sugestiva; baila como una sílfide, es la alegría en persona, pero tiene una lengüita que ya... ¡ya! Y una locuela... que ¡Dios me asista!

III

LAS MIRAMONTES

Son muy sabidillas y licurgas. Si tuvieran de humildes cuanto tienen de hermosas, ya se habrían casado —por mucho que en Villatriste un casamiento es mirlo blanco—. ¡Pero qué han de hacer las pobrecillas en tiempos como los actuales en que la ciencia pedagógica aún no se vulgariza, y es cosa muy honda de saber esotérico! Debemos compadecerlas. Las infelices se quedaron huérfanas, sin más amparo ni más ayuda que un hermano con tendencias a la curia y más dado a la bebida que al estudio de Ortolan.⁴

Acabó el mancebo los preparatorios, y sabe Dios cómo les dio término, viciadillo y disipado, sin un peso en el bolsillo y en el periodo crítico en que los mozos tienen a hombría al bien parecer, a embriagarse con amigos ricachones, seducir gatas y pasarse las noches de fandango en fandango. Mientras Genoveva y Luisa trabajaban en la Escuela Superior, con esperanzas de llegar a profesoras, Alejandro se vivía en las cantinas, departiendo con sus amigotes, charlando con algún torero en cierne, bebiendo anisado y jugando póquer, sin pensar en la escuela, ni en los libros, ni en que vuelan los días ni en que la juventud se va en un soplo. Murió su padre, un artesano acomodado y venido a menos, y la familia se quedó a un pan pedir. Con mil trabajos acabaron las chicas, recibieron el título, y solicitaron una escuela. Luisa, menos tímida que su hermana, subió y bajó en busca de recomendaciones para con el alcalde y los ediles, pero nada pudieron conseguir, porque las tacharon de beatas y mochas —todo porque iban a misa y al sermón domingos y días de

⁴ Joseph Louis Elzéar Ortolan (1802-1873), abogado francés, entre sus obras destacan *Histoire de la Législation Romaine* (1828) y *Explicación Histórica de los Institutos de Justiniano* (1827).

fiesta. Alguien dijo en una sesión, que ignoraban los métodos modernos; trizó contra ellas un viejo regidor, jacobino hasta parecer energúmeno, y les negaron la escuela, en la cual cifraban las pobres muchachas suprema esperanza de bienestar. Dedicáronse entonces a dar lecciones a domicilio, y algunas consiguieron, pero tan mal retribuidas que, trabajando una por un lado y la otra por otro, apenas tenían para comer. A doce centavos les salía cada lección, y entre ambas lo más que sacaban al día eran cincuenta centavos. Y no les pagaban los días de fiesta ni los domingos, y hubo quienes no quisieran abonarles algunas clases cuando las pobres muchachas faltaban a ellas por enfermedad. Con lo poco que ganaban, tenían que mantenerse y que mantener a Alejandro, quien de día en día se destorrentaba más y más. Fue preciso —y no sin grave pena ni mayor disgusto— que le hablaran claro al hermanito, el cual recibió pésimamente la advertencia, gritó, bufó, pateó —¡cosas del aguardiente!—, las llamó ingratas, presumidas, tontas y descastadas, y se fue, ¡a Dios gracias!, con la música a otra parte.

Las pobres muchachas, hasta entonces tímidas y modestas, se pusieron a considerar su triste situación, pensaron que nunca podrían contar con Alejandro, y que, lo que ellas no hicieran, nadie lo haría a favor suyo. Sugirioles alguno que aprendieran los métodos modernos, a fin de merecer protección del H. Ayuntamiento, el cual había dado colocación a otras profesoras; indicoles otro, que solicitaran amparo del cura para abrir una escuela católica, y no faltó quien les dijera, para hacerlas ver claro, que estaban entre opuestos bandos irreconciliables: como quien dice entre la Iglesia y el Estado. Las chicas no sabían por qué decidirse, si por los métodos modernos o por la fe antigua. Al fin encontraron apoyo en el párroco, y pronto abrieron una escuela, colegio dijeron, bajo el nombre de Santa Isabel de Hungría —una santa muy simpática, les dijo el sacerdote—. Pero ni la piedad católica, por viva que fuese, subvenía caritativamente a las necesidades de la

escuela, ni las familias querían pagar ni un centavo por la enseñanza de sus hijas. ¿Para qué han de saber mis muchachas —decían algunos padres— geografía, historia, gramática, francés, gimnasia, y tantas y tantas cosas? No se han de casar ni con sabios ni con ricos... Que aprendan a coser, a guisar, a remendar los trapos...⁵ —repetían otros—. Las Miramontes no sabían qué hacerse. Mientras unos decían esto, y otros querían que sus hijas salieran unas sabias, el colegio iba mermando de alumnas, y los treinta pesos que muy puntualmente les daba el buen párroco no alcanzaban para nada.

“¡Hija! —exclamó Genoveva— me parece que debemos optar por los métodos modernos... Yo me daré cuerda... y veremos. Pienso que sabemos bien lo que enseñamos, pero que nos falta brillo, lucimiento, y... ¡charlatanería! ¡Yo me daré cuerda!...”

Y encargó libros nuevos de pedagogía, de esos que prometen cambiar, por arte de birlibirloque, en sabios alemanes o suizos a cualquier indizuelo o a cualesquiera ciudadanos rudos y hebenes; y vinieron los mágicos libros, y la pobre Luisa se metió en los laberintos de la psicología, en el belén o en los belenes pedagógicos, y bebió hasta más no poder en la *Escuela moderna intelectual*, vibrante y discretísimo periódico, la ciencia de las ciencias, sin la cual no hay, ni habrá, ni podrá haber, maestros de escuela. Genoveva, que aunque tímida y calladita, tenía fufú, se reía de los términos y dichos con que su hermana exornaba las lecciones y los discursos magistrales; reíase de buena gana a las veces no sin contrariar a la joven; pero ésta decía:

⁵ En siglo XIX las mujeres eran educadas para mantener el esquema de valores del hogar y se les asignaba actividades adecuadas a su posición social, como la costura, el bordado y las labores domésticas en general. La condición social de la mujer dependía de factores como las ideas religiosas y morales, las costumbres y las tradiciones. Algunas mujeres ejercían actividades en donde eran retribuidas económicamente, se desempeñaban como sirvientas, cocineras, recamareras, nodrizas, cigarreras, etcétera. “A las mujeres burguesas se les preparaba para el matrimonio desde que nacían y se les asignaban las tareas de esposa y madre” (Carmen Ramos Escandón, “Señoritas porfirianas”, en *Presencia y transparencia: La mujer en la historia de México*, México, El Colegio de México, 1992, p. 150.)

“¡Tonta! ¿Te ríes de mi charla? Pues piensa que todo esto habrá de convertirse en tranquilidad y abundancia. Dejemos la rutina, dejemos de labrar el mismo surco, y tendremos alegría, comodidades, bienestar, y pan blanco en la mesa, y vestidos nuevos, y hasta sombrerillos muy lindos. ¡Los métodos modernos serán nuestra salvación!”

Así pasaron dos años. A fines del último, en los primeros días de diciembre, época de exámenes, agotada en la Secretaría del Ayuntamiento la lista de los profesores, faltando sinodales, un regidor tolerante y benévolo pensó en las Miramontes. Hizo observaciones al señor secretario, diciendo fatigoso y solemne:

—¿Ésas?

—Sí ¡ésas! ¿Por qué no?

El señor secretario hizo un gesto, y murmuró:

—Como don Secundino...

(Don Secundino era el alcalde)

—Como don Secundino... no mira con buenos ojos a esas... señoritas que siempre andan entre frailes...

—¡Ésas! —contestó imperiosamente el regidor de la Instrucción Pública.

—Pero... —replicó el señor Trigos, que no quería faltar a los deberes debidos a su alcalde, por quien perduraba en la Secretaria Municipal.

Las Miramontes fueron nombradas para sinodar en los exámenes de la Escuela número 7 para niñas. Así rezaba el oficio, gallardamente escrito por el diestro pendolista.

Y fueron al examen. Recibiolas con aparente alegría la profesora, una joven sibila, muy laboriosa y sabia, afecta a la medicina homeopática y al espiritismo;⁶ recibiolas con

⁶ El francés Hippolyte Léon Denizard Rivail (1804-1869), mejor conocido como Allan Kardec, define el espiritismo como “la ciencia que trata de la naturaleza, origen y destino de los espíritus, seres del mundo

gran cortesía, pero las muchachas no tardaron en comprender que la presencia no era grata, porque eran... ¡mochas!

La profesora no las veía con buenos ojos. Ella era un espíritu fuerte; las Miramontes eran... ¡fanáticas!

Disimularon las muchachas. Genoveva hizo de tripas corazón, pero Luisa, más serena y firme de nervios, dijo para sí: “¡Ahora es tiempo!”.

Llegaron tres profesores, tres maestros flamantes de la Escuela Normal, atiborrados de pedagogía, uno de los cuales no examinó a las niñas, sino que se lució repitiendo, *ad pedem litterae*, una lección del eminente pedagogo Carlos A. Carrillo —gloria de su estado y de su patria—, lección aprendida tres días antes, pronto lo comprendió Luisita en la *Reforma de la escuela elemental*.⁷

El maestro terminó diciendo:

“¡Éste es el método seguido en Alemania, y principalmente en Suiza, para la enseñanza de la geografía!”

Tocole entonces a la señorita Miramontes examinar de lengua nacional.

Hízolo bien la chica, de tal manera, que los hostiles profesores normalistas a pesar de su esotérico saber, tuvieron que aplaudir; pero... pero... Genoveva no podía soportar el bombástico lenguaje de su hermana, aquel echar términos y más términos, y el tecnicismo tan inoportuno y rebuscando de que hizo alarde la muchacha.

invisible, y de sus relaciones con el mundo corporal” (Allan Kardec, *¿Qué es el espiritismo?*, *Introducción al conocimiento del mundo invisible*, España, Humanitas, 1990. p. 6.). Se dice que las mujeres tienen capacidad para comunicarse con los espíritus, ya que poseen pasividad innata para hacerlo. Inicialmente esta doctrina se vinculó con teorías y actitudes políticas y religiosas de tipo reformador.

⁷ Carlos A. Carrillo (1855-1903). Distinguido pedagogo mexicano, señaló los vicios y defectos generalizados de su época. Escribió diversos artículos sobre pedagogía en *Reforma de la Escuela Elemental* (1885-1891), revista fundada por Carrillo.

Véase: http://biblioweb.dgsca.unam.mx/diccionario/htm/articulos/sec_23.htm

No pensaron así ni los normalistas ni el regidor que presidía el examen, sino que la aplaudieron francamente. ¡Qué adelantada que estaba! ¡Era natural! ¡Tenía tanto talento! ¿Por qué no las habían colocado en una escuela municipal? ¡Ya se enmendaría aquello!

Y el regidor, muy satisfecho, decía:

—¡Francamente, criatura, no creía yo que estuviera usted tan al tanto de los métodos modernos!

Uno de los profesores, don Ramón Ábaco, agregó:

—¡Qué lástima que desde el principio no hubiera usted sido de las nuestras!

No sólo el saber y el talento de la chica era causa de tales elogios, sino la hermosura de las dos hermanas, una y otra soberbias, tropicales, donairosas, de cabellos negros, de ojos más negros aún, rasgados, luminosos, subyugantes, opulentas de belleza, gentiles y tentadoras. Luisa robusta y lozana; Genoveva esbelta, cimbradora y ligera de talle como un junco.

Desde ese día fueron declaradas inteligentes, ilustradas, prodigio de saber.

Tales fueron los elogios que les tributó el regidor, coreado por los señores normalistas, que la directora de la escuela, cuyas discípulas no estaban que digamos muy adelantadas, tembló por su empleo y creyó ver en el horizonte negras nubecillas, présagas de tempestad terrible.

Desde ese día dijeron en la supuesta sala de comisiones del Honorable, que las señoritas Miramontes, si continuaban estudiando con la misma aplicación los métodos modernos, serían, a no dudar, unas de las mejores profesoras con que habrían de honrarse el municipio y el Estado.

Tales presagios y tales elogios fueron parte a que mermara la concurrencia en el Colegio de Santa Isabel de Hungría; envidias y rencorcillos, antes ocultos, estallaron contra

la pobres niñas y, a no ser porque el señor cura, hombre de peso y de mundo, cerró sus oídos a chismes y perversas insinuaciones, las maestras se habrían quedado sin la subvención mensual.

Vivían muy difícilmente las Miramontes. Con Alejandro no había que contar: andaba en líos con una suripanta, y cuanto ganaba en un juzgadito de paz, donde le habían empleado, se lo gastaba con la sílfide, una morena de plasticidad superabundante, de tremendos ojazos, empeñada en prodigar no sólo en la escena sino en calles y plazas toda la sal de Andalucía, y el mozo no pisaba la casa de sus hermanitas, ni les daba un centavo.

“¡Vale más! —solía decir Genoveva—. Mejor que viva lejos de nosotras.”

Las nuevas y cariñosas simpatías que, gracias a la excelencia de los métodos modernos, se había conquistado Luisa, fueron benéficas en cierto modo. El jacobino contumaz que tantas perrerías dijera de ellas, desarmó sus cóleras olímpicas, y hasta les confió, a pesar del nombre del colegio, la educación de sus hijas, dos chiquillas enclenques, con geta de mico, mal educadas y bravías, pero, eso sí, muy listas y precoces, y de las cuales quería sacar su padre un par de fuertes matronas, libres de todo prejuicio sectario, y emancipadas de preocupaciones religiosas. El jacobino no pagaba ni una peseta por la educación de sus hijas, pero, en cambio, no cesaba de recomendar en el cabildo a las señoritas Miramontes, para la primera vacante.

“Son un poquito santurronas... pero... ¡Todo es cuestión de tiempo! ¡No debemos dejar que los frailes y los mochos nos arrebaten así mujeres como ésas, tan intelectuales y guapas!”

Se dijo que habría una vacante y para cubrirla fue propuesta, en cabildo pleno, Luisita Miramontes, la cual se decidió a aceptar si era nombrada.

A la sazón celebrese en la Escuela Cantonal no sé qué fiesta, más política que escolar, y el contumaz jacobino, el belicoso don Juan Jurado, indicó la conveniencia de que en la proyectada solemnidad, así lo dijo, fuese oradora Luisa. Se redactó el nombramiento; en él lució Trigos su habilidosa inteligencia burocrática, y Jurado y el regidor de Instrucción Pública, fueron comisionados para entregar el pliego y para que en caso de vacilaciones por parte de la joven, la convencieran, y la obligaran a aceptar. Negose la muchacha. “¡Qué sabía ella de discursos! ¡Si sólo de pensar que entraba en una tribuna sentía ansias mortales! Una mujer... (acaso no tendría ella razón). No era grato ver a una mujer en la tribuna. Además —pensaba muy cautelosamente—, habrá que vestirse debidamente... Ella no habría de ir a la tribuna a ponerse en ridículo. En cuanto a decir el discurso... ¡Eso era lo de menos! Tendría mucho miedo... Iría temblando... ¡Pero a ella no le faltaban ni expedición ni bríos!”

Suplicaron y volvieron a suplicar los ediles; la joven, encendida y turbada, no sabía qué responder, no quería desagradar a sus amigos y protectores, pero sentía repugnancia invencible por andar en fiestas como aquéllas, en las cuales, bajo el pretexto de ensalzar los méritos de un repúblico, se hacía política municipal para asegurarse en las poltronas edilicias, se disparataba que era un horror en materias de religión, y monjas y frailes eran puestos peor que chupa de dómine, porque, para gozar fama de ilustrados, era preciso darla de irreligiosos, de impíos, de ateos y de no creer ni en la longevidad de los loros. ¡Qué cosas decían en aquellas solemnidades los oradores y las oradoras! ¡Si aquello no era ya asunto de opinar esto o aquello, ni de política ni de jacobinismo, sino de mal gusto, de insufrible demencia, de ridícula charla digna de una casa de orates! ¿Qué iba a decir ella, ella que no sabía ni quería saber de política ni de rencores de partido? Respondió que no, que no, y que no; pero Jurado y su compañero insistieron del modo más cortés al principio,

con vehemencia después, en seguida con cierta burlilla volteriana, suave, irritante, y a poco candente, como diciendo o haciendo comprender a la joven, que no merecía la estimación que le dispensaban, la protección que le impartían, y la necesidad que tenía de aceptar el honroso encargo de dirigir la palabra a la juventud escolar, a la juventud progresista, flor que produciría pronto frutos fecundos; esperanza de la patria, la cual fiaba en ellas el porvenir. No se olvidaron de decirle que... acaso... tal vez, sin duda, sus ideas políticas y religiosas le vedaban aceptar el encargo; que ya era tiempo de ello; que se dejara de santurronerías y de cosas de la pelea pasada; que los tiempos eran otros; que a todos los cultos restos del estado teocrático, debía suceder el culto de la ciencia; que no había más verdades que las experimentales; que la Reforma había exaltado a la mujer más que al cristianismo, al presente vetusto, y por ende —por ende, dijo el buen Jurado de capa caída— que el feminismo era el porvenir, que la hembra (¡cómo lastimó a Luisa tal palabra!), que la hembra sería libre de preocupaciones y fanatismos, la reina del futuro.⁸

Mientras por tal manera charlaban y chachareaban los ediles, Luisa pensaba en sus apuros y miserias; en los tres meses de casa que debían; en sus trajes marchitos, conservados con más cuidado que flor de invernadero; en el porvenir oscuro, negro, muy negro, pavoroso, como la entrada de una caverna. Vacilaba, pero al fin se resolvió a aceptar, y dijo:

⁸ La educación de las mujeres de la época era muy limitada, porque éstas debían dedicarse a las labores del hogar. Se les exigía sumisión, abnegación, aislamiento absoluto de todo lo que iba más allá del ámbito doméstico. El hogar era intocable, un espacio reservado para la vida familiar, la mujer tenía el deber de reproducir el esquema de valores del hogar immaculado. Y a pesar de ello la mujer se fue integrando a muchas actividades, que por su delicadeza formaron parte de las actividades femeninas, oficios de litografía, telegrafista, encuadernadora, mecanógrafa, taquígrafa y cajista. Nervo dijo en “La mujer moderna y su papel en la evolución actual del mundo”: “Amiga mía, ten cuidado y no cambies tu primogenitura por un plato de lentejas” (“La mujer moderna”, en *Amado Nervo, Obras completas*, t. II, Francisco González Guerrero y Alfonso Méndez Plancarte (edición, estudio y notas), Madrid, Aguilar, 1962. p. 531).

—¿Cómo va a ser esto? ¿Qué sé yo de hacer un discurso? ¡Y mucho menos un discurso de estos!

—¡Y muy capaz que es usted —murmuró lisonjero y dulzarrón el regidor de la Instrucción Pública, fijos los ojuelos satíricos en los ojos soberbios de Luisita, devorándola con la mirada e incendiado por la exuberante belleza de la joven.

Jurado se revolvió en la mecedora, se atizó el bigotillo cano, se pasó la diestra para domar la rebelde pelambre, y sonriente rompió diciendo entre locuaz y tartamudo:

—¡Luisita! ¡Luisita! *Ecco il problema*, como dice Dante en el *Hamlet*. ¡Nada más fácil!... ¡Yo le haré a usted el discurso, y usted habrá de leerlo admirablemente, con esa voz de plata que es en usted un presente del Gran Arquitecto del Universo!⁹

Esto de la arquitectura, hizo reír a Luisa.

—¡Sí! ¡Sí! —interrumpió el de la Institución Pública subyugado por la sonrisa de la joven.

Ésta calló, y... como quien calla otorga... aceptó.

Tres días después, el once de julio, vino Jurado con su discurso.

⁹ Gran Arquitecto del Universo (G.:A.:D.:U.:) es el nombre simbólico con el que la masonería suele referirse al principio creador que determina a su voluntad los planos de la existencia. Para la masonería, el Gran Arquitecto es un dios viviente, la causa del ser, creador o constructor del mundo; no se le vincula con ninguna doctrina en particular, se muestra como un principio simbólico y no necesariamente teológico.

IV

SESIÓN BORRASCOSA

Había cabildo pleno. La atmósfera estaba cargada, y aunque los ediles conversaban afablemente, cualquiera, sin estar en autos, habría notado a poco de entrar allí, en aquel cuartucho desmantelado y lóbrego —llamado pomposamente por el secretario sala de comisiones del H. Ayuntamiento—, que la sesión sería muy tormentosa, porque, a pesar de la cordialidad edilicia, cierta reserva respecto del asunto principal del acuerdo, predominaba en los grupos. Se iba a tratar de algo importantísimo, de algo que forzosamente encontraría opositores, de quitar la dirección de la Escuela número 7 para niñas, a la joven que hasta la fecha regenteaba el plantel. Hablábse del asunto en torno de la mesa del secretario, una mesa con carpeta de panilla roja flecada de oro, mal arreglada, cubierta de mamotretos, minutas y legajos, y alumbrada por un quinqué de petróleo que lanzaba en torno suyo luz rojiza y pavorosa; se hablaba del asunto, y el secretario decía asfixiándose, entre acre y benévolo:

—Yo no me opongo a ello... Se discutirá, se discutirá el punto y si conviene... Esa profesora no ha dado motivo de queja...

—¡Sí que lo ha dado! —repetía el regidor de la Instrucción Pública— que no se haya traído aquí esa queja... ¡es otra cosa! ¿Qué mayor motivo que el abandono en que está aquello? ¡Si es un horror! Además, seamos liberales, no liberales de nombre, liberales de veras... ¡Ante todo la ley!... ¡Ésta prohíbe la enseñanza religiosa en las escuelas, sí, sea cual fuere, lo mismo la romanista que la protestante, lo mismo el espiritismo que el culto de Buda!

—¿El espiritismo... no es una religión! —murmuró alguno con expresión vehemente...

—¿Pues qué cosa es? —contestó el de la Instrucción Pública.

—Una filosofía.

—Una filosofía... que acepta patrañas.

—Como las que aceptan los curas.

—¡Calma, señores! ¡Calma! —prorrumpió el secretario, arreglando unos pliegos. En eso de las filosofías, todas, todas son religiosas, porque, como dijo... como dijo no sé quién, en el fondo de toda cuestión filosófica hay una cuestión religiosa —siguió diciendo el de la Instrucción Pública—. Es preciso quitar a esa profesora, y sustituirla por la señorita Miramontes, o... por quien convenga...

El secretario miró de hito en hito a su interlocutor, y dijo:

—Y usted, ¿por quién votaría si llegara el caso?

—Votaré, porque el caso llegó... por quien más convenga. Yo no llevo interés alguno en el asunto; como no sea el bien de la juventud estudiosa, no tengo otro móvil.

El secretario volvió a mirarle de hito en hito.

—Usted piensa...

—¡Yo no pienso... nada!

—Tiene usted razón.

El empleado no comprendió la frase.

—Lo que digo..., es que la proposición de ustedes tendrá muchos opositores... La mayoría opinará en contra... Yo el primero.

El regidor no pudo contenerse.

—Usted no opinará de manera alguna, porque no le corresponde semejante cosa...
Eso es asunto de los regidores.

El intruso calló humildemente, abochornado y mohíno, recogió sus papelotes, y el libro de actas, y se dispuso a salir.

El alcalde, al verle entrar en la Sala de Comisiones, exclamó, y repitió en voz alta:

—Señores... ¡a sesión!

Todos fueron llegando en el salón de cabildos. Era éste una pieza larga y estrecha, deslucida ahora, y en años remotos mal pintada de aceite, simulando en torno, una arquería de jaspe. En el fondo dos espejos magníficos por el tamaño, espejos que adornaron un tiempo salones imperiales, ahora opacos, manchados, despostillado el marco, asentados en consolas del mismo origen y de la misma procedencia. Delante de los espejos —lunas que decía el secretario—, sendos candelabros de bronce ennegrecidos, y con unos cuantos prismas solemnemente; entre los espejos un dosel descolorido, bajo el cual estaba puesto un retrato de Hidalgo... En las demás paredes, retratos de héroes y de personajes ilustres, todos debidos a pésimos pinceles: Morelos, Allende, Juárez, el general Díaz... Junto al dosel, cerca del sillón presidencial, una bandera tricolor, manchada y desteñida. La mesa con un tapete rojo de terciopelo chafado y manchado de tinta, un tintero monumental e inservible, una campanilla rajada y dos candeleros con bujías encendidas.

Colocáronse los ediles en sus poltronas, tocó el alcalde la campanilla y se abrió la sesión.

Trigos leyó el acta, un acta larguísima, fastidiosa, sofocante y que venía a ser como resumen de diez o doce sesiones, pues el buen señor no podía dejar de consignar en ella todos los antecedentes de los asuntos.

Diose cuenta, después de tres cuartos de hora pasados en tormento, de las comunicaciones de la Jefatura; enseguida de los cursos de particulares, de algunos que se quejaban de las cuotas que les habían impuesto en las nuevas tarifas, de otros que pedían pajas de agua, y no pocos que solicitaban adjudicación de sobrados, operación en la cual ciertos ediles hacían la olla gorda con aquel cabildo que, por tradición y atavismo habría sido capaz de vender hasta aire del Consejo, si enajenable fuese.

No hubo dictámenes, porque como ninguno de los ediles se permitía hacerlos, y todos eran obra del secretario, éste no había tenido tiempo de mover su péñola gallarda, habilísima para los períodos rotundos.

Llegó el turno a las proposiciones. No se dio cuenta más que de una, la del Regidor Inspector de Instrucción Pública, referente a destituir a la directora de la Escuela número 7 para niñas.

El proponente pidió la palabra.

Momento de suprema atención. El secretario estaba trémulo, el alcalde mohíno y engestado; algunos regidores cuchicheaban en voz baja, hablando mal de sus compañeros; otros fumaban indolentemente como buenos árabes a la puerta de su tienda.

El señor regidor habló largamente, e hizo ostentación de su elocuencia, de sus pedagógicos saberes, y de su celo indiscutible —así lo dijo—, por la cultura pública.

Después de una larga introducción sociológica, pasó a decir, en frase vibrantísima, que la libertad era la hacedora de los grandes pueblos, y que ésta debía garantizar el respeto a todas las creencias religiosas; que la ley las respetaba, y que tocaba al cabildo vigilar por ese respeto tan grande y patente en la vecina República, y al cual debía el norte, no menos que a sus condiciones de raza, su auge, su esplendor y su preponderancia; que profundamente apenado, había hecho la proposición de la cual se trataba; que la señorita

directora de la escuela en cuestión, por un error inexplicable, se olvidaba, a diario, del respeto que a la ley era debido, y llegaba no sólo a deprimir y criticar, muy acerbamente, las creencias de las alumnas, cuyos padres se habían quejado de ello repetidas veces, sino que llegaba hasta inculcarles doctrinas espiritísticas, lo cual estaba probado; que por tanto se imponía la separación de dicha profesora, y, como consecuencia de tal acuerdo, el nombramiento de otra igual o más idónea, a fin de poner la supradicha escuela en las condiciones requeridas por la ley en cuanto a neutralidad religiosa, y conforme a la pedagogía moderna.

Y terminó con un párrafo sonoro y brillante en que hizo profesión de fe liberal y de liberalismo inquebrantable.

Como perros de presa saltaron dos regidores, disputándose el uso de la palabra.

Los escribientes, en pie junto a la puerta de entrada, seguían los pormenores de la discusión.

Habló de los ediles dos y tres veces cada uno; pero el proponente, más listo que ellos, seguro en sus estribos, para todos tenía y tenía que le sobraba. Un grupo de ediles permanecía sereno; otro, el menor, cuchicheaba y hacía alarde de su victoria, murmurando por lo bajo que el regidor de Instrucción Pública trabajaba *pro domo sua*, prendado de las señoritas Miramontes y, según fama, enamorado de una de ellas.

Habló el alcalde, asesorado por Trigos, y habló grave y solemnemente, como correspondía a su alta representación edilicia. No había motivo para separar o destituir a la señorita Acebal; la propaganda espiritística de que tratara el distinguido preopinante no era cierta; no se le ocultaba el objeto de la destitución, pero no estaba autorizado para decirlo; se decía, se sospechaba el fin, mas a él no tocaba decirlo, estando como estaba, en la conciencia de todos; además... ¿iba a entregarse la enseñanza pública a personas de rancias

ideas imbuidas en las creencias y prácticas de una religión decrepita y caduca? ¡Jamás!
¡Votaría en contra, porque así se lo ordenaba el deber, la confianza en él depositada por el pueblo que le había honrado con su voto, la protesta solemnemente prestada de guardar y hacer guardar la Constitución y las leyes!

Replicó el regidor, diciendo: “Que una exageración sectaria, tan intempestiva como dura, movía los labios del señor alcalde, y le impulsaba a producirse con injusticia, haciéndole decir cosas incorrectas, como el negar lo referente a la propaganda espiritística, y a hacer de modo lamentable insinuaciones poco parlamentarias”. Y pidió votación nominal. Fuele concedida, pero antes hizo pasar de mano en mano una carta de la cual se impusieron todos. Era una recomendación venida de muy alto, en la cual se recomendaba a las señoritas Miramontes para dirigir la Escuela número 7 para niñas.

“¡Ah, éstos son otros López! —exclamó el alcalde”.

Trigos alzó los hombros, como diciendo: “¡Qué se ha de hacer!”

La señorita Acebal fue separada de la escuela, y... nombrada para dirigir el plantel Luisita Miramontes.

“Y no habiendo otro asunto de que tratar, se levantó la sesión, a horas que eran las nueve y cuarto de la noche.”

IL VENTICELLO

El Boletín Municipal, periodiquito de actas, noticias estadísticas, convocatorias y avisos fiscales, era papel que andaba con pasos de tortuga. A cargo y bajo la acertada dirección de Trigos salía con toda regularidad cada quince días, pero retrasado varios meses por no sabemos qué causa, labores de la imprenta o falta de papel, publicaba en junio las actas y noticias de enero, merced a lo cual en Villatriste nadie sabía los acuerdos del Ayuntamiento sino medio año después de tomados, como no se tratara de impuestos, lo cual era comunicado a los causantes, y muy oportunamente, por el tesorero municipal. Por eso el buen Trigos solía decir que el retraso de su periódico era benéfico, porque servía para evitar comentarios, disputas y chismero en la ciudad respecto a las resoluciones y acuerdos del cabildo. Ciertamente, así pasó que nadie supiera ni hablara de la construcción de un palacio municipal, ni de ciertas condonaciones, hechas en favor de persona conspicua, más y más rica cada mes, y siempre deudora de impuestos al erario de Villatriste; ahí nadie tuvo noticia de ciertas concesiones de agua para fuerza motriz, hechas por medio ciento de pesos anuales a los empresarios de una fábrica de tejidos de algodón, ni llegaron a darse cuenta los vecinos de que por el agua necesaria para dar movimiento a un molinito de maíz, pagara el molinero lo mismo que pagaban los dueños de una instalación que se preciaba de tener ochocientos caballos de fuerza, con lo cual tenían para dar y vender a otros industriales.

No era tiempo de que *El Boletín* hablara del nombramiento de la señorita Miramontes, y por eso no dijo nada, lo haría en julio o en agosto, a su tiempo y en su

oportunidad, que si para algunos era tarde, en cambio no tendrían platillo que gustar los enemigos de la administración.

Pero díjolo *El Heraldo de Villatriste*, y debido es confesar que todas las gentes sensatas celebraron la destitución de la señorita Acebal y el nombramiento de la señorita Miramontes.

Corrió la nueva con la velocidad del relámpago, desde los billares de Gómez hasta el barrio de los Cedros, desde la casa de las Quintanillas y la tienda de don Patricio Terreros hasta la sacristía de la parroquia.

El famoso discurso de Luisita, digamos mejor el de Jurado, no agradó a muchos de los pocos que le oyeron. Estos salieron diciendo de él lo que entendieron y algo más: que era impío, jacobino, rojo, decían unos; que era elegante, elocuentísimo, decían otros.

En el medio piadoso de las gentes devotas, entre las socias de la Vela Perpetua, del Apostolado de la Oración y de la Asociación Católica fue, aunque no oído, comentado de mil maneras, todas enderezadas a desaprobar la conducta de Luisita. ¡Qué cosa tan fea! ¡Qué desagradable eso de que la profesora de un instituto católico, como el Colegio de Santa Isabel de Hungría, sostenido (sostenido decían) por las familias católicas, anduviera en tribunas políticas ¡y qué tribunas! haciendo la apología de Juárez y de la Reforma. ¡Aquello era intolerable! Ya pondría remedio el señor cura... Pero, bien considerado el caso, el cura tenía la culpa de todo, sí, él... ¿Quién sino él? Mil y mil veces se lo habían dicho: “¡Padre, no se fie usted de las Miramontes! No inspiran confianza ni pueden inspirarla. ¿No ha oído usted a Luisa lo presumida y charlatana que está desde que se ha metido a estudiar, como ella cuenta, los métodos modernos? El hermano es de la cáscara amarga; un perdido que no tiene por donde el Diablo lo deseche; es hombre de malas costumbres y de peores ideas; no es útil a sus hermanas, para nada les sirve, como no sea

para llevarles malos libros y perversas doctrinas”. Y el sacerdote alzaba los hombros, hacía un gesto y decía:

—¡Paciencia! ¡Paciencia! ¡Dios sabe lo que hace!

Las beatas se retiraban disgustadas, y más disgustada que las demás doña Mónica Ferreira, la cual quería para ella y para su sobrina el famoso colegio que regenteaban las Miramontes.

Cuando se supo el nombramiento de Luisita, y se tuvo noticia, por algún regidor indiscreto, de las borrascas del cabildo, charlose de todo en la tertulia de las Quintanillas.

—¡Vivir para ver! —exclamó Leonor. ¡Quién se lo iba a imaginar! ¡Aquí hay gato encerrado!

—¡Qué gato ni qué gata! —dijo desde su asiento don Antonio—. Ten la lengua, Leonor. ¿Qué haré yo para que no hagas malos juicios?

—Piensa mal... y acertarás —respondió la joven.

—¿Y qué te va a ti, en acertar o no acertar?

—¡Ay, papá! De las cosas públicas todos podemos hablar a nuestro gusto.

—Pero figúrese usted, hija —proseguía doña Mónica, silabeando las palabras y cruzando sobre las rodillas las puntas del pañolón—, qué diría Carmen, la madre de esas niñas, ella que era tan buena (porque de veras era excelente mi comadre), si viera a sus hijas en estas andanzas... ¡Luisa metida a liberala, discurseando en tribuna el 18 de julio, y lo que es peor diciendo impiedades y blasfemias!... ¡Como que dicen que aquella boquita parecía la boca de Satanás!

—¡No dijo ni blasfemias ni impiedades, Mónica! —saltó diciendo don Antonio—. ¡Nada de eso...! Y agregó atento a la partida:

—Pepito... ¿Me como la reina?

—¡Pues eso se cuenta! —siguió en su inventiva doña Mónica— y yo fui la primera en ir a decírselo al señor cura.

—¡En lo cual hizo usted mal! —contestó Carolina.

—¿Mal? ¿Por qué? ¿Les parece a ustedes justo que los buenos cristianos, los católicos, gasten su dinero en sostener un colegio como ese que dirigían las Miramontes, para que estas pararan en lo que han venido a parar? ¿Qué diría Carmen si viviera?

—Diría... —respondió secamente don Antonio, torciendo un pitillo— diría...

—Vamos, ¿qué diría?

—Que sus hijas tienen que ganarse de alguna manera el pan de cada día.

—¿Diciendo discursos?

—No, pero sí desbravando chiquillas...

—¡Que aprendan de mi pobre Magdalena, que enferma como está, se gana muy decorosamente la vida!

—¡De lo cual me alegro, Mónica! —exclamó sentenciosamente don Antonio—. ¡Al rey!

—Pero ahora —dijo Pepe López, retorciéndose el bigotillo, fija la vista en el tablero—, ahora ya dejaron el Colegio... Ya las tiene usted en la escuela.

—¿Quién está ahora en el Colegio? —preguntó Rosita.

—Yo lo quería para Magdalena... pero el señor cura lo había ofrecido ya a no sé quién. ¡Ah, sí! a una joven de Pluviosilla, recomendada de las Collantes.

—¿Y qué dijo el señor cura? —preguntó a doña Mónica la parlanchina Leonor—, ¿qué dijo cuando supo que les habían dado la escuela a las Miramontes?

—¡Qué había de decir! ¡Tiene una pasta el señor cura! ¡Es un alma de Dios! ¿Qué creen ustedes que dijo? ¿A qué no se lo imaginan? “¡Que Dios hace renglones derechos con pautas torcidas! ¡Que Dios sabe lo que hace!” ¡Con eso sale siempre!

—Pues diga lo que quiera el señor cura... Lo que digo yo —siguió charlando Leonor— es que en esto hay gato encerrado. ¿Quién será él?

—¿Él? —exclamó Rosita, como espantándose de lo que iba a escuchar.

—¡Pues quién ha de ser! —apresurose a contestar la beata— ¿quién? El masón ese de don Juan Jurado.

—¡Si es un viejo incapaz de poner tentaciones!

—Sí, hija, ni quien diga que no concedo, pero... también, no me lo negarás, incapaz de no consentir en ellas.

—Eso sí.

—Pero... según dicen (yo no lo aseguro, pero así dicen) hay otro interesado del Ayuntamiento.

—Jurado no es regidor...

—Pero el otro sí... es el inspector de las escuelas...

—¡Ah! ¡Acabáramos! ¡Luis Gamboa! ¡Luis Gamboa, como quien dice: guantes y paltó! Ya comprendo... si desde el baile de compadres se le inclina a Luisita; ella me lo dijo, ella... ¡Buena pieza que es el don Luisito! ¡Buena alhaja! Y como tiene sus dineritos, y pronto heredará, tarde que temprano será correspondido, y tendremos boda, y baile, y Luisa habrá de ser la señora de Gamboa. Y, en obsequio de la verdad, ¿no es cierto, Pepe?

—¿Qué? —dijo el mozo—. Cero y van tres... ¡Este es el tercer juego que he perdido esta noche! ¿Decía usted, Leonor?

—¿No es cierto que Luis Gamboa es un guapo chico?

—Sí, hasta sin guantes y sin paltó.

Levantose Pepe y vino al estrado.

—Es simpático, sin duda —prosiguió—, pero no le faltan sus peros y... sus perejiles.

—¡Por Dios, Pepe!

—Es la verdad, nadie lo ignora. Pepe no bebe... pero juega.

—Como todos los varones de esta tierra.

—Menos yo.

—Será usted el que menos... pero juega.

—¿En qué se ha de pasar el tiempo? ¿En qué gastar las horas como no sea en chismear y en jugar?

—Por eso decía en cierta ocasión Ernesto Carriles, que en Villatriste mientras los hombres juegan, las mujeres chismean.

—¡Y todo es desplumar! —agregó sentenciosamente don Antonio desde su asiento, guardando los trebejos.

—¿Dice usted lo del chisme... por nosotras?...

—No, Carola, ¡Dios me guarde de ello! Luis es un buen chico, excelente amigo, juega... un poquito, pero con buena suerte. Noche a noche se lleva los cuarenta y los cincuenta duros.

—¿Y en cuanto a perejiles? —preguntó vivamente Leonor.

—Así, así... Vamos, que le gustan las hijas de Eva... Preciso es confesar... que no tiene mal gusto, cuando las tales... son hermosas. Una que yo conozco no es nada fea...

—¡Cállese por Dios! —se apresuró a decir doña Mónica—. ¿Qué necesidad tenemos de saber vidas ajenas?

—¡Señora, si no voy a decir nada malo!

—¿Pues qué va usted a decir?

—Que es muy guapa... una que yo conozco. Vea usted, parecida a Leonor; así, alta, esbelta, de ojos negros, de cejas tupidas, de largas y rizadas pestañas.

—¡Qué nos cuenta usted! —exclamó la joven sonrojada.

—¿De veras?

—¡No, doña Mónica! —exclamó Leonor.

—¡Me alegro, hija, me alegro! Ese hombre no te conviene; no puede convenirte.

—Créalo usted, doña Mónica.

—Sí, porque, si supieras..., allá por mi casa... a la vuelta... Te lo dijera, hijita, por lo que pudiera convenirte... Allá por mi casa tienen sus quebraderos de cabeza: una tlacotalpeña, una trigueña muy salerosa, muy aseadota, de color de canela, como dice la canción esa que nos cantó aquella vez Paquito Redondo.

—¡Embustes, doña Mónica!

—¿Embustes? ¿Y los chiquitines? El menorcito como de tres años, el otro como de cinco, y la niña que está en mantillas.

—¡Por Dios, doña Mónica! —se apresuró a exclamar cómicamente Pepe López—. ¿Qué necesidad tenemos de saber vidas ajenas? Para saber vidas ajenas, el *Año cristiano*.

—Conste que usted inició el tema. Además, cuando se debe, no hay por qué callar las cosas. Por sí o por no, conviene que lo sepa Leonor. ¡Ya sabe usted cuánto quiero a estas muchachas!

Don Antonio salía en aquel momento de su recámara, y volvía a la tertulia, y la conversación se fue por otro rumbo.

Soplaba grato vientecillo que movía levemente, al pasar por la sala, los visillos de las vidrieras, y traía el aroma de los jazmines y del hueledenoché. En el cielo, sembrado de nubecillas blancas, bogaba plácidamente la luna.

—Hijas, van a dar las once y es preciso volver a casita. He de levantarme muy temprano... Mañana es viernes primero y tengo que comulgar.

VI

“AMOR, CH’A NULLO AMATO AMAR PERDONA...”¹⁰

¿Qué había pasado? Casi nada. Cierta noche, en un baile, en una fiesta de Navidad, de las mejores y más recordadas en Villatriste, a la media noche; cuando el champaña se desbordaba en las copas, cuando las flores de la mesa principiaban a marchitarse, cuando los acordes del vals, desarrollándose en espiral magnífica, llenaban el recinto, y había alegría en todos los corazones y olvido de las penas en todas las almas... Gamboa no había bailado ni una pieza, y permanecía en el corredor de charla con el jefe político y con unos hacendados que no cesaban de hablar respecto a la próxima cosecha de café. De pronto se llegó a ellos el anfitrión y les dijo: “Caballeros vamos a la mesa. Dígnense ustedes elegir compañera”. El jefe político fue en busca de la dueña de la casa, los agricultores, personas graves y sesudas, eligieron sendas señoras mayores, y Luis entró en la sala sin saber a quién habría de ofrecer el brazo.

La música llenaba el espacio con un aire andaluz, y las campanas de Villatriste repicaban a más y mejor, saludando el nacimiento del Cristo.

Malhumorado estaba Luis Gamboa y no había querido entrar en la sala. Sentíase abrumado de tedio y cansado de la vida. La fiesta de Navidad regocija las almas, enciende los espíritus y hace pensar en la plácida tranquilidad doméstica. Todos se disponían a divertirse en la propia casa o en la ajena. Él no tenía hogar. Los años de su mocedad turbulenta le habían apartado de la vida doméstica y de su familia, la cual se componía de dos hermanas entonces solteras, y de un niño delicado y enfermizo que pronto voló al cielo.

¹⁰ Delgado toma este título de *La divina comedia* de Dante Alighieri (1265–1321), canto V, el Infierno.

El mancebo deseaba libertad y vida franca; le pesaban los deberes ineludibles del hogar, y pronto campó a su gusto y por su cuenta, fuese a vivir solo en una casita por él dispuesta y con las comodidades que demanda impetuosa soltería.

Una criada que cocinaba bien, y un caballerango, chico arrestado, guapo y valiente, bien puesto a caballo y donairoso en el vestir fueron desde entonces su servidumbre. Viviendo solo y de tal manera nadie se enteraba de sus actos, entraba y salía cuando le daba la gana, y trasnochaba a su gusto sin que las hermanas le dijeran, como antes: “Luis, ¿a qué hora llegaste anoche? ¿Dónde andas a deshora? Mira que eso no está bueno; te puede hacer mal. ¡No seas loco! ¡Nadie tiene comprada la salud!”.

Y así vivía desde muchos años. El niño se murió, las hermanas se casaron, y cada cual se fue con su marido; una a Villaverde, la otra a Guadalajara.

El caballero don Luis pensó mil veces en dejar la tierra natal e irse a México, teatro más amplio para hacer fortuna, pero algo misterioso le tenía agarrado en el terruño. No eran sus bienes, saneados y productivos, cuya administración podía ser confiada a gente idónea, ni menos la vida de provincia, más fastidiosa en Villatriste que en cualquier otra parte, ni los amigos, troneras casi todos, y el que más el que menos, dilapidador de la propia hacienda, sino algo que en la Capital no encontraría, la sencillez de las costumbres y el conocimiento de las personas, y —mentira parece, dado el carácter del muchacho— el campo que era para él, sin que de ello se diera cuenta, encanto para los ojos y salud para el cuerpo. Se fastidiaba, es cierto, en Villatriste; se pasaba las horas en el billar o en cualquier mentidero (que allí sobraban) y distraía sus veladas jugando con algunos amigos. Las faldas eran su debilidad, mas para ese tiempo no faltaban. Se fastidiaba, es cierto, pero tales fastidios estaban compensados con los placeres hípicas en las haciendas próximas, con alguna que otra cacería. Gustaba de los buenos caballos, tenía los excelentes, y era de verle

en ellos en rica montura, vestido el pintoresco traje nacional: el pantalón claro, ceñido, cortado a la perfección; la chaqueta gallarda; flotante la corbata de seda y al desgaire, con aristocrática y sobria galanía el sombrero bordado de oro. Muy turbulentos que fueron para Luis los años corridos entre los veinte y los treinta, pero a los veintiocho fue asentando cabeza, se robustecieron en él juicio y reflexión, y el mozo disipado, que no lo fue nunca en demasía, dióse a trabajar para ver acrecentada su fortuna; dejose de parrandas y juergas, y aunque no dejaba de concurrir en el billar con sus amigos, se hizo merecedor a la estimación de las principales personas de Villatriste. Entonces se dio cuenta de su vida, del aislamiento en que vivía, de la soledad y abandono de su casa, y suspiró anhelante por los goces de la familia, y por la paz doméstica. Y este anhelo no procedía de cansancio, ni de haber gastado con exceso energías físicas y morales en las juveniles andanzas, no, procedía de cierto fondo de nobleza y de generosidad ingentes en el alma del mozo. Era el primero entre la juventud de Villatriste, y más de un papá le deseaba por yerno, y más de una moza le miraba con ojos mortecinos.

Luis no era guapo, precisamente guapo, pero cuando vestía de charro no había otro como él en Villatriste. Preciso es confesar que con el traje de catrín no era modelo de elegancia; que carecía de cultura, y que, aunque listo y de palabra fácil, comprensivo y de inteligencia viva, distaba mucho de tener para las damas el lenguaje atractivo que arrastra, seduce y encadena. La falta de estas prendas, difíciles de adquirir en Villatriste, carencia que Luis se tenía conocida y lamentada, y que acaso era para vivir en México lo que más temía, le aislaba en la ciudad nativa del trato diario, constante y eficaz con el bello sexo, y le habían arrastrado a los dieciocho años por el camino del apartamiento, confinándole en billares y cantinas, condenado a tratar con perdularios, calaveras y gente del trueno. Mentira parecerá, pero nada más cierto: a los treinta y un años Luis no contaba una novia, y

sí varios amoríos con mujercillas y mujerzuelas de clase inferior; amoríos fútiles o vergonzosos. Ni un sólo sentimiento noble, ninguna ilusión generosa habían hecho palpar aquel corazón sano, de salud tan robusta, que ni la vida tormentosa de la primera juventud consiguiera gastarle y corromperle. ¡Que mucho que Gamboa lamentara lo que él, hablando consigo mismo, llamaba su desamparo, y gozando de comodidad y bienestar, sin deudas ni deudores, distinguido y estimado por muchos, indiferente a pocos, se sintiera triste y cansado de vivir, cuando precisamente vivir era lo que más necesitaba, pero vivir vida más alta, más pura, menos prosaica. Presentía afectos ideales y ansiaba fijar su efecto en quien mejor lo mereciera! “No soy malo —se decía—, no soy malo, y si se me perdonan ciertas faltillas, desfallecimientos de virtud, errores juveniles y más que otra cosa consecuencia del fastidio de la vida en Villatriste, bien merecía el amor de una mujer de mérito, que le amara con toda el alma, a quien ofrecía gustoso fortuna, nombre y libertad”. Esa noche había asistido a la fiesta porque no sabía qué hacerse, como no fuera correr parranda con algunos troneras, beber con ellos hasta quedar ebrios, jugar y gastarse unos cientos de duros. Y prefirió irse al baile, presintiendo algo grato, algo que fuera como brisa de esperanza, soplo de felicidades próximas, hallazgo feliz de la mujer desconocida, por quien vivimos anhelantes, sin poder encontrarla, y que, cuando la vemos, se nos escapa como una sombra.

Llegado a la fiesta no quiso entrar en el salón. ¡Para qué! ¿Qué podía encontrar allí que no le fuese conocido? Prefirió matar el tiempo charlando con el jefe político y con los cosecheros, hablar de cafetales y de ganados, de ranchos y de haciendas, de la alza y de la baja de café. Y mientras oía a sus amigos, hondo fastidio se apoderó de su alma y sintió deseos de morir. Todos estaban contentos, menos él. Cuando se vio obligado a ir al salón para llevar a la mesa a alguna de las señoritas, díjose al entrar: “¿A quién?”. La primera a quien vio fue Leonor Quintanillas, que estaba hermosísima, encantadora, ataviada con

gusto y sencillez... Pero Leonor era temible... Fama tenía de cortadora, lenguaraz y burlista, y a decir lo cierto, Luis le tenía miedo. Estuvo el joven a punto de ofrecer su brazo a otra señorita, pero esto habría sido muestra de incivilidad y descortesía. No hubo remedio, acercose a Leonor, la saludo y la invitó para ir a la mesa. Aceptó la muchacha, y se levantó a lucir su gallardía, la esbeltez de aquel talle cimbrador y elegante. Estaba Leonor en uno de esos ratos serios —en ella rarísimos—, y acogió a Gamboa con una sonrisa de simpatía, y no tuvo para él más que palabras serias y frases y expresiones afables.

Leonor al ver a su caballero pensó: “¡Cuánto mejor está Luis en traje de charro! Viste bien, pero esta ropa no le sienta...” Gamboa, a su vez, díjose quedito, como si temiera que escucharan su pensamiento: “¡Qué linda que está la Quintanillas!”.

En uno de los corredores, decorado con ramas de pino, pastle, musgo, escarcha deshecha y farolillos venecianos, estaba improvisado el comedor. No brillaba la mesa, cubierta en abundancia, con platillos refinados ni con elegancias francesas, no, pero estaba dispuesta con gusto y con adornos propios del día, gramas y musgos fragantes, helechos que parecían de seda, flores de nuestros campos para las cuales no hay invierno, y minúsculos farolillos y parasoles japoneses, los primeros colgantes en el extremo de largos finísimos popotes, y unos y otros, clavados en las fuentes colmados de buñuelos, emparedados y rosquillas de almendra. Allí la ensalada del día, multicolor e incitante, donde entre la verde lechuga inverniza, los gajos de naranja tempranera y las rodajas de alabastrina jícama, ardía la doble púrpura de las remolachas sanguinosas; allí el bobo, joya de los ríos veracruzanos, sueño de gastrónomos y platillo de reyes; allí las gelatinas limpidísimas, ocultando en el centro ramos frondosos de azahar; allí el pavo relleno, engalanado con picadillo de huevo y perejil; allí la lengua roja, cortada en lonjas y extendida sobre menuda e incitante escarola. La luz de seis candelabros daba transparencia

a las garrafas antiguas de cristal dorado, dejando ver a sus reflejos los marbetes del jerez, del malvasía y del oporto, y prendiendo fulgores de platino, o de oro viejo en las cabecitas emplomadas de las botellas de champaña y notas de granate luminoso en las jarras de cristal llenas de burdeos. Sin duda, a que en aquello había andado la mano de las Quintanillas, tan habilidosas y bien hechas para todo.

Reía la mocedad regocijada y festiva a los acordes de un paso de plaza que hacía evocar a todos siluetas de toreros y de manolas, y traía a la mente capas de lidiar y floridos mantones de Manila.

Era malo el servicio, como suele ser en provincia, y particularmente en Villatriste los criados eran pocos y no se daban abasto, lo cual fue causa de que galanes y caballeros se viesan obligados a no atender a las damas como era de rigor. Luis y su compañera tomaron asiento en sitio apartado, en torno de una mesita que estaba en un extremo del comedor, bajo las enramadas de fragante abeto, por las cuales parecían precipitarse en cascada centellante escarchas de oro y estrellas de plata.

En derredor de la mesa principal, tomaron asiento señoras mayores, y caballeros gravedosos, y algunas pollas en boga con los cortejos de ordenanza.

La conversación de aquella pareja solitaria fue al principio natural y sencilla. Hablaron de la fiesta, inusitada en Villatriste; de la concurrencia tan escogida; del gracioso adorno de la sala; de lo bien dispuesto de aquel comedor; de la hermosura de la noche engalanada por la luna, sin que amenazaran brumas ni chipichipi. Leonor se mostró prudente, juiciosa, cauta de palabra, y un tanto temerosa de su compañero, a quien tenía por muy satírico y lenguaraz, desde que supo que había dicho cierta vez en un corrillo, que las Quintanillas eran “enemigas de la cronología”; mostrose dulce, afectuosa, simpática y jovial.

Luis también estaba receloso de su compañera, de quien era fama —y no inmerecida— que era muy cáustica y burlona, que a nadie perdonaba, y que era capaz de cortar un sayo al mismísimo lucero del alba. Pronto pudo estimar la joven la bondad de su caballero; bien pronto se dio cuenta de su timidez, nacida de la falta de trato. Y no era escaso de palabras el joven, pero hablaba sin resolución ni brío. “Éste —pensó Leonor— sería más afable y más cortés si tuviera más trato; necesita dejar el pelo de la dehesa. ¡De buena gana me encargaría de civilizarlo! ¡De mil amores... le educaría yo! ¡Es guapo, simpático...! ¡Y de charro, más guapo que así con la estorbosa levita!” Leonor hizo más franca y donairoso su charla, salpicándola con juicios muy serios acerca de personas y de cosas, segura de agradar a Luis, en cuyo fondo descubría cierta gravedad meritísima. El joven estaba encantado de su compañera; fuese animando poco a poco, y no tardaron en llegar a la más dulce y plácida confianza. Al servir el champaña, Luis levantó su copa, sin decir palabra, por la salud de su amiga. Ésta parecía distraída en aquel momento, y tanto, que fue preciso que Luis dijera: “¡Señorita, a la salud de usted!”.

—¡Usted perdone! —exclamó la joven, y luego, sonriendo, correspondió al brindis.

—¡En qué pensaba usted, Leonor!

—En nada —respondió—. ¡Soy así!

Luis no insistió.

No bailaba jamás en bailes principales. Además, tiempo hacía que se había retirado de tales fiestas. Temía no ser un danzador tan hábil como fuera preciso, y en fiestas de ese género permanecía retirado, de charla con los amigos. Pero esta vez se dijo: “¡Ahora sí!”. Y pidió a Leonor la primera pieza que se bailara al volver del salón.

—¡Ésa y otras! —respondió la joven vivamente—. Yo nunca las comprometo todas...

Quedó Luis satisfecho, y levantándose, ofreció a Leonor un par de gardenias de las muchas que adornaban la mesa.

Los músicos preludiaban un vals en boga. La orquesta del maestro Olesa venida ex profeso de Pluviosilla, hacía gala esa noche de cuanto más selecto tenía en su repertorio.

La concurrencia iba regresando al salón, donde algunas parejas, esperaban a otras para seguir bailando. Cuando Leonor y Luis —con sorpresa de todos— se lanzaron en el torbellino embriagador del vals, el joven, antes triste y deseoso de morir, dióse cuenta de que la vida era grata, de que en ella había algo que valía más, mucho más que la afición a los caballos, que las partidas de tresillo y de póquer y los amoríos vergonzosos, en los cuales, como dice altísimo ingenio, va dejando el hombre, como en zarzas del camino de la vida, pedazos del corazón...

VII

NOCTE PLUIT TOTA...

Espléndida mañana. Había llovido toda la noche, y a la madrugada se despejó el cielo. Vientecillo arrasante limpió los espacios, llevándose brumas y nublados hacia las cumbres que circundan a Pluviosilla. El sol surgía magnífico en un piélagos de grana y el aspecto del celaje era sangriento. En las cimas orientales flotaban unas cuantas nubes que parecían cadejos de oro, bogando en linfas glaucas. Del fondo de las barrancas en cuyo fondo corría el albano estruendoso y espumante, se levantaban blancos vapores, y brisa leda y perfumada movía en suaves columpios, frondas, palmas y cañas de maíz, haciendo tremolar en lo alto de las regias gramíneas airoso banderines.

El conchío daba a los vientos, allí y allá, su grito vibrante; gorjeaban en las espesuras primaverales y mirlos, y las calandrias saltando en los ramajes piaban amorosas. El río resonaba distante bajo su manto vaporoso, y en la menuda esmaragdina grama titilaba el rocío.

Luis regresaba de su rancho, donde había permanecido varios días después de la fiesta de Navidad. Volvía de mañana, contra su costumbre de todos conocida, sin haberse cuidado de las faenas agrícolas ni de señalar trabajo a los peones. No sabía qué cosa le llamaba en Villatriste, ningún negocio reclamaba su presencia en la muerta ciudad, y sin embargo, algo tenía que hacer allí. Había estado inquieto, distraído, falto de atención, sin prestar oído a cuanto le decían sus vaqueros acerca de una punta de ganado recién llegado de la costa para ser agostada en el potrero de la Jícara, el mejor de todos. Durante el tiempo que permaneció en el rancho, durante aquellos días de inexplicable inquietud, complaciose

mil y mil veces en contemplar la frondosidad de los cafetales, la esbeltez de los otates, el verdor de las dehesas y hasta la grácil belleza rústica de las florecillas que esmaltaban los surcos o engalanaban los setos. Horas y horas se estuvo contemplando un floripondio cargado de flores que frente a la casa del rancho prodigaba la esencia de sus campanas ebúrneas. De esta contemplación poética le sacó un pensamiento que nunca le había pasado por la mente: hacer un jardín cerca de la casa, a la derecha, por donde iba el arroyuelo, de manera que el bosquecillo de otates, aquel grupo de penígeros tallos, quedara en el fondo y limitara el sitio por el norte. Sí, era preciso hacer el jardín, trazarle hermosamente, y poner en el centro, o donde fuera mejor, una fuentequilla de mármol blanco para que allí bebiesen las palomas... ¡Y qué cuadros de amapolas en primavera, y qué plantaciones de jazmineros, y qué rosales! Pero si hacía el jardín, sería preciso transformar la casa, o hacer una nueva. Sí, esto era lo mejor. La vieja se quedaría para el mayordomo, y para guardar en ella los utensilios de labranza. Él se imaginaba un lindo chalé, con persianas verdes, cubierto de madreselvas y de rosales trepadores. Luis se le imaginaba ya, y juraría que entraba por aquellas habitaciones, no ricas ni deslumbrantes, pero sí cómodas, alegres y bonitas. Poco iría a la ciudad... ¿A qué, como no fuese a tratar de asuntos urgentes? ¿Para qué? Allí se pasaría la vida, muy contento, al lado de Leonor...

Cuando le vino a las mientes el recuerdo de la señorita Quintanillas, Luis sonrió, y sintió que una oleada de carmín le subía al rostro. Levantose y se fue en busca del administrador.

Esa mañana, al volver a Villatriste, iba embelesado con el espectáculo que tenía delante. Al frente la llanura verdigueante, y los campos de caña sacarina, gloria de Mata-Espesa (la mejor hacienda de Pluviosilla); a la derecha las montañas de Villaverde ricas de opulenta vegetación, y en cuyas rocas arraigaban grandes higueras cuyos frutos rojos lucían

su tinte purpúreo entre las trepadoras floripondias y las orquídeas fragantes; a la izquierda, al otro lado de la barranca, en su amplia mesa, Villatriste, Villatriste blanqueando a los rayos del nuevo día, y luciendo sus campanarios y sus cúpulas de azulejos amarillos en los cuales se reflejaba el sol. Luis no se daba cuenta pormenorizada de aquellas hermosuras, ni sabía mucho de plantas, como no fuese de algunas muy conocidas y vulgares, ni jamás paró atención en pormenores de esos; pero algo nuevo en él, cierto no sé qué desconocido le llenaba el alma y aceleraba en sus venas la circulación de la sangre. ¿Qué sentimiento era aquel? ¿Qué impresión aquella que le hacía amar la vida y le impulsaba hacia la ciudad que en aquella hora se desperezaba al son de sus campanas que llamaban a los fieles? Entretúvose, sin acelerar el paso de su caballería, en contar los cinco campanarios de Villatriste, que ennegrecidos del lado del oriente por los vientos marinos, dejaban ver el costado blanquísimo, el que miraba al sur. Y contempló atentamente una de las torres, la de la Virgen de las Nieves, linda iglesita churrigueresca, cerca de la cual vivían las Quintanillas.

Sin saber lo que hacía, azotó el caballo, y a medio día charlaba alegremente en la tienda de Patricio Terreros. Desde entonces y por muchos meses en aquella casa hizo diaria tertulia Luis Gamboa, mañana, tarde y noche. Allí le encontraban quienes para algo le querían, allí le buscaban los mozos del rancho, y charla que te charla con don Patricio se pasaban las horas.

¡Buena era la tienda para perder el tiempo! ¡Como que el tendero se vivía en su sillón, dormitando tranquilo mientras no ponía los pies de puertas adentro alguno de los marchantes, o se llegaban de bromita no pocos de los ociosos concurrentes allí! En buen sitio estaba la tienda, la mal surtida tienda de Terreros, junto a la iglesia de las Nieves, en calle céntrica y frente por frente de las señoritas Quintanillas. Por allí transitaban cuantos

en Villatriste comían pan, pobres y ricos, muchacho y viejos, señoras devotas y mujerzuelas del partido; en aquella calle, centro aristocrático de la silenciosa ciudad, moraba la *high life* de Villatriste, no tan triste ni encerrada que no asomase las narices por la ventana, ni dejara de espiar a los transeúntes detrás de la cortina de brin encuadrada con tiras de bayeta roja, y fija en los hierros de la reja por las cuatro puntas; especie de teloncillo encubridor de casitas lindas y curiosas y de mamás poco salideras, pero, eso sí, amiguísimas de mirar a cuantos pasaban por allí.

—¡Amigo don Luis! ¡Amigo don Luis! —exclamó don Patricio, subiéndose las bragas y mascando el extinto cigarro—. ¡Mal andamos, amigo! ¿Por qué mira usted tanto hacia esa casa?

—¿Cuál?

—¡Ésa!

—¿Cuál don Patricio?

—Usted se hace tonto... y que la Virgen le habla.

—¿Por qué, señor mío?

—Tendremos boda en el barrio... ¡Bien pensado, don Luis! No sé yo en cual de ellas habrá puesto los ojos... ¡cualquiera!, ¡cualquiera! Son tres perlas... ¡tres perlas! Las conozco muy bien, desde muy chicas. Su padre es un buen hombre, la madre era una santa... Crea usted que se llevará la bolita de oro...

Luis Gamboa sonreía sin decir palabra ni soltar prenda, atento a la conversación de don Patricio, y más atento a las ventanas de la casa frontera.

Don Patricio seguía diciendo:

—No sé yo, por Cristo, cómo el doctor Morfina dejó que se le escapara una de esas preseas. Dicen que el buen señor es hombre de talento, no lo niego, pero en esta ocasión la

erró. ¡Así le erró la cura a mi hermano Pedro!... Él se casó con la ricacha, una jamona según dicen, no fea, pero con un geniecito. ¡Pasan allí unas cosas!, ¡qué cosas!, ¡qué escenas! Lo sé de buena tinta: ¡ni en las comedias! También es cierto que Morfina anda siempre en belenes, y que, como la otra lo tiene en perpetua riña, mi hombre vive más en la calle que en su casa. Él se fue a buscar clientela, y la encontró. La vecinita se quedó esperando... pero Morfina la está pagando con usura... ¡Tú lo quisiste, fraile mostense, tú lo quisiste!... Carolina salió ganando... ¡De buena se escapó, Luisito! —agregó el tendero suplicante—. ¡No haga usted otro tanto! Si usted no piensa casarse, deje en paz a la chica...

VIII

A SOLAS

Digamos la verdad, Leonor no se dio cata de las amorosas inclinaciones de Luis. Bailó con él tres piezas un poco molesta, más bien contrariada, no por la conducta o por el trato de su compañero, sino por las sonrisas de todas sus amigas, las cuales no dejaban de verla ni de hacerle señas, ocultando a medias el rostro detrás del abanico. Dio las gracias al joven, pretextó fatiga, le suplicó que la llevara a un ángulo de la sala, donde, cerca de una columna que sostenía un candelabro, tres o cuatro pollas, de las más listas y parleras, departían y disputaban con Paquito Redondo. Las chicas callaron al aproximarse Leonor, ésta tomó asiento y Luis se retiró después de murmurar casi al oído de la joven una cortesía sincera y afectuosa.

Leonor eligió aquel sitio para verse libre de bromas, alusiones y comentarios, y llegase al grupo como a puerto de salvación. Las pollas no le dirían nada, y si Paquito (muy abonado para ello) se permitía una broma, ya recibiría respuesta merecida. Bien conocía Leonor a la sociedad de Villatriste; bien se sabía lo que sucede en casos tales, cómo desde el más grave señorón hasta el mancebo más ligero, desde la mamá sesuda hasta la niña casquivana, viven a caza de afectuosas inclinaciones, de noviazgos nacientes y de amantes en riña, platillo sabrosísimo en Villatriste donde la crónica diaria peca de insustancial y sosa. Ya se imaginaba lo que murmurarían todos. Y a fe que había motivo para ello. Era la primera vez que la culta sociedad en Villatriste veía bailar a Luis. “¡Si sabe bailar! — dirían—. ¡Al cabo de los años nos desayunamos con esa nueva! ¡Qué raro! ¡Leonor ha sido

la preferida... y como Luis es buen partido, el mejor, sin duda, en la tierra, Leonor, que ya se va pasando procurará atraparlo...!”

Sólo de pensar en esto se irritaba la joven... Y diría: “Ella es lista, él un campesinote (bien que lo dice su aspecto cuando va de levita); ella no es fea, él tiene dinero, no mucho, pero tiene, y como Leonor es pobre... el problema quedará resuelto”.

Leonor no era mala, pero tenía el vicio de murmurar de todos, en todo y para todo, y de fijo que si otra hubiera sido la compañera de Luis en aquel baile, ella, ella que reprobaba colérica las murmuraciones que se imaginaba y temía, no habría dicho menos y acaso hubiera ido más allá.

La murmuración —vicio predominante en Villatriste— era ingente en Leonor, algo irresistible, algo impetuoso que le seducía como a Eva la serpiente paradisiaca, algo que la arrastraba en sus olas como un torrente, y de lo cual no podía prescindir. Leonor gozaba en Villatriste fama de murmuradora; todos le tenían miedo y, a decir verdad, cuando estaba de vena, murmuraba con chistes salidísimos y los piquetes de su lengua eran mortales. Le tenían miedo, y cuentan que en Villatriste la gente vive como en torneo de sátiras y murmuraciones, que si de ellas se hiciera certámenes, en apuro se verían los jurados para otorgar la adelfa de oro, único premio digno de la verba satírica y maldiciente. ¡Tales y tantos serían los justadores!

Ella sabía que era murmuradora y maldiciente —¡vaya si lo sabía!—, pero “¡qué hacer!” —solía decir cuando alguien le echaba en cara el defectillo—. Natural y figura... “¡Sí así soy yo! ¡Sí así he sido siempre!”.

¡Pobre muchacha! ¡Era buena! ¡Muy buena! Decía mal de las gentes, mas no lo hacía con perversos fines, sino así, de paso, por chiste y diversión, y acaso, acaso sin propósito de envenenar la frase, sin querer que el dardo fuese enherbolado. Ella le habría

untado miel, miel de abejas, purísima y fragante, aromatizada con esencia nativa de campánulas vernaes, lises de mayo, y diamelas de junio; pero... y seguían los peros... pero... ¿quién resiste al deseo de comer prójimo? ¡Nadie! ¡Nadie! Sería necesario un heroísmo que superara a tantos como la insidia de nuestros partidos tiene registrados en el glorificante infolio de la historia.

Al volver del baile, Leonor, muy cargada de confites y pastelillos, con los cuales fueron obsequiadas por los anfitriones, iba cabizbaja y silenciosa, y no como en otras veces ansiosa de hacer, durante la *toilette* nocturna (que más bien a tales horas merecía llamarse matinal), la crónica del baile, mejor y más lindamente que Fausto, el cronista del único periódico de Villatriste y director de la opinión para las gentes lectoras de la melancólica ciudad. Venía Leonor pensativa y callada, tanto que Carolina y Rosita le dijeron:

—¡Qué callada que vienes! Cualquiera diría que los valeses de esta noche te apagaron la espuma, y que la distinción y la... suprema elegancia de Gamboa te han puesto triste y preocupada.

—¡Lengüitas de víbora que son ustedes! Si no parecen de Villatriste, sino de Villaverde... donde, según dicen... volando pican. Y no pongan en ridículo a Luis, que es persona correctísima; sí señor, muy correcta, cómo quisieran serlo o haberlo sido más de cuatro que yo me sé.

—¡Qué defensora le ha salido a Gamboa! ¡Bien, muy bien! —dijo Carolina, y soltó ruidosa carcajada que resonó en la calle como tenaz y caluroso aplauso, a tiempo que las campanas saludaban el nuevo día. Por la acera opuesta algunos bailadores charlaban comentando los incidentes de aquella alegre noche.

Uno decía:

“De esta hecha se casa Luis Gamboa... Ya está cansado de líos... Ella está en la época de arrebatarse... ¡Así son las mujeres! ¡A cierta edad desprecian generales, después de los treinta se casarían... con el tambor mayor!”

—¿Oyes Leo? ¿Oyes lo que van diciendo? —dijo en voz baja Rosita, muy friolenta y entrapajada.

—¿Quiénes son? —murmuró colérica Leonor.

—Yo conozco esa voz...

—¡Ah! Son los Martínez. ¡Buen par de estúpidos! Como su hermana Otilia... se casó... así, peor... ¡Dios sabe cómo!

Y las muchachas seguidas de don Antonio entraron en su casita.

—Hijas, hijas —decía el oficinista restregándose las manos—, ya no estoy yo para trasnochar ni andar de fiestas.

A poco las tres jóvenes descansaban cada cual en su camita fresca y albeante. Carolina y Rosa no tardaron en dormirse. Leonor daba vueltas y vueltas sin poder conciliar el sueño... algo la preocupaba y la tenía insomne. El dicho de los Martínez la había puesto colérica. Ella tan fácil para censurar y herir, ella que solía complacerse en el efecto de sus críticas y de sus frases satíricas, sentía en lo más sensible de su corazón el dardo agudísimo de los Martínez, y sentía poderosos deseos de venganza. “¿Qué se merecían las maldicientes? ¿Por qué no se ocupaban de sus propios asuntos?” Y Leonor pensaba en cuánto pudiera ofenderlos, y recordaba anécdotas, indignidades, cursilerías, actos reprobables de la familia Martínez, los amores escandalosos de Otilia con un capitán de rurales, su fuga ruidosa, los apuros de sus hermanos, los cuales iban y venían de corrillo en corrillo echando plantas y bravatas, y por último, el casamiento solemne de Otilia, apadrinado por el jefe político, boda que dio mucho que hablar a los pacíficos y piadosos

moradores de Villatriste. Sin que llegara la ocasión, en la primera oportunidad, ella diría de los Martínez lo que se merecían los lenguaraces... Mas a poco, leve sopor dulcísimo invadió su cuerpo, y sintiose arrastrada en el torbellino del baile al son de un vals magnífico que se desarrollaba en espiral de brillantes notas, y creyó oír bullicio de comensales, estallidos de champaña, y entre oleadas de espuma ligerísima, efímera y fragante, como si del fondo de una copa surgiera, percibió a Luis, muy guapo, muy cortés, muy afable, vestido de gran etiqueta, con un ramo de azahares en el ojal de frac... Luego aquella gentil figura de caballero se metamorfoseó lentamente, siempre entre espumas que parecían plumas fugitivas, y se convirtió en un joven que vestía gallardamente de charro: los botines bayos, el pantalón negro con rica botonadura de plata, chaleco blanco, rico sombrero charro, chaquetilla galana, corbata ligera, flotante, de suaves tintes... crema... amarillo pajizo. La figura se borró, desvaneciose entre gasas... y en fuga precipitada pasó ante sus ojos, ante su pensamiento, larguísima fila de farolillos japoneses que chicos, muy chicos, se perdían a lo lejos. Y Leonor se quedó profundamente dormida.

IX

*INTERMEZZO LÍRICO*¹¹

Y así pasaron meses y meses, sin que Luis se encontrara en parte alguna con Leonor, que no es ni ha sido nunca Villatriste ciudad propicia para ello; pero concurriendo de diario a la tienda de don Patricio, el cual no cesaba de encomiarle los méritos de las Quintanillas, su recato, su laboriosidad, su aseo en todo y para todo, y su economía, la economía sobre todo, que era en concepto del tendero, tacaño en demasía, la virtud principal y *sine qua non* en la mujer. Luis charlaba allí horas y horas, hablando de todo; que don Patricio de todo hablaba, aunque el tema principal de tan buen señor era el comercio, el comercio y su hermana la agricultura, sin las cuales no hay ni puede haber abundancia y prosperidad en las naciones. Gamboa tenía otro tema, los caballos, y habría podido hacer padrón de cuantas caballerías se encontraban en Pluviosilla, en Villaverde y en su vecina Villatriste; entendía del asunto, y era reputado por muy inteligente en la materia. Leonor, a su vez, no se apartaba de la ventana. Tan luego como terminaban las faenas domésticas, no bien estaban hechas las alcobas y arregladita la sala, a poco de irse don Antonio, allí estaba Leonor, detrás de la vidriera, tejiendo, cosiendo o entregada a sus libros; que la señorita era lectora infatigable y se tenía leídos cientos de novelas, desde *Los tres mosqueteros*, *Los mohicanos de París* y *El conde de Montecristo*, hasta el *Nerón* de un misterioso don Antonio de Padua, tan mirífico como su colomboño celestial. Desde allí, a través de los visillos, espiaba la llegada de

¹¹ *Intermezzo lírico* (1823), serie de sesenta y cinco poemas escritos por el alemán Henrich Heine (1797-1856).

Gamboa. Y no dejaba de verle, y hasta se olvidaba de los incidentes de la novela que en vilo la tenía.

Aquel mirar a Luis era de lo más discreto y de lo más habilidoso, y nunca pudo él darse cuenta de que Leonor estaba allí. Ésta solía dejarse ver por la tarde, un momentito, cuando no llovía, o cuando salían algunas visitas y salía a despedirlas al zaguán, según vieja costumbre de la tierra. Entonces procuraba entretener a las amigas, tanto que a las veces, la charla de la calle resultaba más larga que la conversación anterior.

No escaseaban bromas las amigas, respecto a Luis; pero Leonor se ponía seria, y respondía tratando de otra cosa. Frecuentemente contestaba con alguna puya, de esas que la joven guardaba para casos extremos, saeta emponzoñada que hería en lo más vivo, y que dejaba envenenada la vanidad o el amor propio. De este modo consiguió que no le hablaran del asunto.

El recuerdo de lo que había escuchado a los Martínez era su pesadilla, y más de una ocasión, al ver venir a algunos de ellos, se retiró rápidamente de la reja.

Mientras los amigos de Luis no perdonaban oportunidad para hablarle de la señorita Quintanillas. Sentíase lastimado el joven cuando alguno de sus amigos decía de ella algo burlesco, llamándola jamona, maldiciente o critica; pero no se atrevía a salir en defensa de Leonor, y no porque así no le ocurriera hacerlo, sino porque temía descubrir su afecto, el cual se tenía muy guardadito. Pero una vez, estando en el billar, en un corro de chicos que bebían a más y mejor, y desollaban gente que era un gusto, acertó a pasar por la calle la pobre Leonor, y alguno se permitió decir una copla, que venía como de perlas para hacer reír a costa de la joven. Luis no pudo soportar aquella copla, por mucho que era graciosísima, chispeante y de lo más oportuna, se rió indignado e impuso silencio al recitante:

—¡No es de caballeros el hablar así de las mujeres! —díjole, y se levantó, dispuesto a retirarse—.

Lorenzo García que estaba presente se apresuró a decirle:

—¡Luisito! ¡Luisito, que te quemas! ¡Cómo varía el mundo! ¡Mil veces te oí decir peores cosas de las Quintanillas!”

—¡Nunca! —respondió secamente Gamboa.

—¿Qué no?

—Que no.

—¡Que sí!...

—¡Bien, pues si así fue, y si dije algo, no habré de repetirlo jamás!

—Con razón dicen...

—¿Qué dicen?

—¡Pues... que don Luis Gamboa se bebe los vientos por... la señorita doña Leonor Quintanillas!

—Pudiera ser...

—Es...

—¡O será! —agregó uno de los presentes.

Luis se retiró del grupo, y dijo al cantinero:

—¿Cuánto se debe?”

Le respondieron, y pagó.

¡Y cómo se discutía en todos los círculos el presunto noviazgo de Leonor y de Luis!

“Sí —decían—, algo hay porque cuando las cosas se dicen son, o quieren ser”.

—Yo les aseguro a ustedes —repetía Lolita Redondo, con su vocecilla de oro—, yo les aseguro que desde el baile aquel, desde la Noche Buena, no se han hablado, ni en el teatro se han visto... ¡Yo lo aseguro!

—Pues a mí me han dicho todo lo contrario... según mis noticias...

—¡A ver, a ver! —prorrumpieron en coro las demás muchachas.

—Pues... yo no lo he visto, no me consta —dijo pausadamente Clotilde Orcillés, una doncella fiambre que gustaba de los chismes—, cuentan... que son novios...

—¡No es verdad! ¡No es verdad! —exclamó Lolita—. ¡Paco, mi hermano Paco, que está enterado de todo, me ha dicho que no!

—Pues... será lo que tú quieras, Loló —prosiguió Clotilde—, pero algunos cuentan que los han visto hablar de noche, en la ventana de la sala, de once a once y media.

—¡Jesús! ¡Qué lenguas tan rayadas! —exclamó la pollita haciendo aspavientos.

—No lo creo —murmuró otra.

—¡Ni yo! Las Quintanillas son incapaces de ventanear.

—¡Y Carolina... niégamelo! —repitió con relativa vehemencia la Clotilde—. Y Carolina no pelaba la paya, de nochecita, en la reja, con el doctor Morfina.

—Yo no los vi nunca.

—Pues yo sí, ¡alma de Dios! Y dime, ¿qué tendría eso de malo?

—Vaya si tiene...

—¡Yo así lo he hecho con todos mis novios! Con los pocos que he tenido. Nada de malo hay en eso...

—Clotilde, usted dirá lo que quiera; pero yo leí en un libro este versito:

Amor que cuando anochece
Por la ventana os adula,

Si es malo, lo disimula;
Si es bueno, no lo parece.

—¡Cosas de copleros! Pero sea o no sea cierto, ello es que se dice... y como dice ésta:
“¡Cuando el río suena... algo lleva!” ¡Lo que hay es que estos amores son, como todo lo de
las Quintanillas, muy reservados...!

Silencio general.

—Vamos a ver —siguió diciendo la maldiciente, acomodando en la mecedora su
aprisionada obesidad—, óiganme, criaturas, ¿cuánto tiempo no tardó en saberse el noviazgo
de Rosa?

—¿De qué Rosa?

—De Rosa Quintanillas... ¡Pues como seis meses, y eso que una noche de agosto,
Juanito Mendoza los vio en la reja!

—¡Por Dios, Clotilde!

—¡Si es la verdad, criaturas, por qué no decirla!... ¡A mí por la verdad me han de
matar! Juan me lo dijo.

—¿Tu novio?

—No fue mi novio.

—¡Sí, sí que sí! —exclamaron en coro las muchachas, burlándose, como de
costumbre, de los amoríos de la señorita Orcillés.

—¡Fue... mi... pretendiente! —contestó la jamona con beatífica solemnidad—. Y
prosiguió en su charla.

—Así se supieron los amores de Rosa y el telegrafista del federal. ¡Sí, así son! ¡Así
son! Como ellas critican a todo el mundo tapan bien sus cosas, para no ser platillo de las
gentes.

“¡Y ya lo verán, tendremos casamiento, y Luis Gamboa, que la da de rumboso, echará el resto! Bien vistas las cosas, Leonor tiene razón en querer a Luis, es joven, guapo y rico...”

—¿Joven? —preguntó alguna irónicamente.

—¡Sí, criaturas, menor que ella, mucho menor!... ¡Leonor pasa de los treinta y cinco... Luis tiene veintisiete!... Yo le llevo dos años nada más.

Las muchachas se miraron maliciosamente y hablaron de otra cosa. La Orcillés insistió en su tema.

—Pues, hijas, los amores de Leonor son muy ciertos. El otro día, en la oficina, le dijeron al señor Quintanillas algo del asunto, pero él negó y negó, porque así es el buen señor, pero aunque él dijo que no, y que no, es cierto y es cierto, como que estamos aquí juntas.

Las pollas estaban aburridas con la conversación de la jamona, y en grupo, como una bandada de golondrinas que asustadas emprenden el vuelo corrieron hacia el patio en busca de flores. Sólo una joven pálida y enfermiza, se quedó en la sala con la Clotilde; pero huyendo de ésta y de su chismografía, se refugió en el piano, abriole, y tras un registro elegante, se saltó tocando el vals de *Fausto*.¹²

¹² *Fausto*, opera del compositor francés Charles Gounod (1818-1893). Fue estrenada en el Théâtre-Lyrique de París el 19 de marzo de 1859. Vease: <http://www.orfeoed.com/opera/Fausto.asp>

X

LA GIRA

Celebraba sus días el padre de Paquito Redondo, y la familia quiso obsequiarle con un almuerzo en el campo, en un rancho próximo al de Luis Gamboa, sitio encantador, y a la sazón más bello, como que las lluvias le hacen más hermoso.

Una colina cubierta de árboles, en los cuales se enredan bejucos pródigos en ramilletes violados, hiedras de flores naranjadas, quiebraplatos de mil colores diversos, y mantos de la virgen cuyas campánulas rosadas parecen copas de alabastro que derraman perfumes exóticos. Entre las arboledas yerguen sus plumas y sus cayados episcopales soberbios helechos arborescentes, cuyo color suave, casi glauco, contrasta con el verde subido, casi negro, de los fresnos bravíos y de los ceibos gigantes.

Al fin de la colina, por el lado septentrional, corre un arroyo, que lleva abundante caudal en primavera, pero mayor en verano y en otoño, cuando las lluvias han sido abundantes, y que de rápida en rápida, sonoro, con musicales ritmos que tienen eco en las grutas cercanas, corre entre llanura y ladera para precipitarse, a poco, en profunda barranca. Caída graciosa que los labriegos llaman El Encanto, y que tiene leyenda, plácida leyenda de inocentes infelices amores. ¡Linda cascada! Desciende el río a través del bosque, oculto por los follajes, protegido por las copas de los ceibos y por los penachos flabeliformes del guarumo, árbol maravilloso de aquella comarca, y desciende entre una red tupida de convólvulos, de entre la cual surgen aquí, allá y más allá, los plátanos de tronco blanco y follaje ligerísimo, de ramas vibradoras que no admiten ni tilansias ni bromelias. Decorando las umbrías asoman heliconias y bananeros, y en las peñas salientes dan a los vientos las

gramíneas salvajes sus plumeros grises, gráciles y vaporosos, que semejan humaredas que suben del barranco. De pronto el riachuelo se despeña y salta en caprichosa caída pintoresca. Rebota en los peñascos circuidos de gramas acuátiles, séricos y lánguidos helechos y begonias aterciopeladas, vellosas, las unas como bordadas de plata y púrpura, las otras con reflejos de cobre. La corriente se rompe en espumas, se deshace en niebla, y el iris tiende sobre ella, al nacer y al ponerse el sol, su cromática cinta.

Tales sitios fueron elegidos para el paseo, y allí se reunieron las muchachas más lindas de Villatriste y los mancebos más alegres.

Fueron de la partida las Garcías, las Carriles, las López y las Quintanillas, Pepe López, los hermanos Martínez, Luis Gamboa y otros más. Salieron las señoras a eso de las siete de la mañana, en vetustos carruajes. Los varones, casi todos iban a caballo. A la hora de partir, en momentos en que las Quintanillas subían a un coche en compañía de la señora de la casa, cuando las demás muchachas, con griterío de pajarillos en primavera, elegían asiento en los vehículos; cuando los mozos se disponían a montar, alguna dijo, a fin de que Leonor lo oyera:

—¿Y Luis Gamboa?

—No ha llegado —saltó diciendo una chiquilla en el grupo más próximo.

—¡Allá le encontraremos! —dijo desde zaguán Paquito Redondo, a tiempo que daba órdenes a un criado cargado con un cesto repleto de víveres—. Allá le encontraremos... Anoche se fue al rancho. No ha de faltar.

Y miró de hito en hito, y sonriendo, a Leonor Quintanillas.

Y allí le encontraron, mejor dicho, en el camino le hallaron jinete en el mejor de sus caballos, esgrimiendo con la mano derecha una verdasca, prendida en la ojalera linda flor campestre.

Comiose bajo una ceiba, sobre la grama mullida, a la orilla del río, frente a la cascada.

Antes de la comida recorrieron todos la dehesa y el bosque, y los mozos dispusieron para la tarde un coleadero improvisado que habría de efectuarse en sitio no lejano.

Paquito y Loló, de acuerdo sin duda, procuraron que Luis ofreciera el brazo a Leonor Quintanillas. Ésta, al darse cuenta de lo que iban a hacer los chicos, se opuso a ello tenazmente, muy contrariada y ruborosa; se opuso, pero ya no era tiempo. En esos momentos se acercaba Luis. Respetuoso, afable, cortés, se acercó a conversar, y al emprender la marcha hacia el bosque ofreció el brazo a la señorita. Iba tímido el joven; la dama temerosa, sabiendo que las miradas de todos estaban fijadas en ella, pero poco a poco vino la confianza, la dulce tranquilidad de quien se ve acogido dulcemente. Leonor se embelesaba ante el paisaje esplendido que tenían delante: la llanura dilatada, el caserío blanqueando en las lomas, los cañaverales de una hacienda inmediata, los cerros de Villaverde, las grandiosas montañas de Pluviosilla, las cumbres de la cordillera oriental, y el Orizaba como una tienda de alabastro.

Al advertir que la señorita gustaba de las flores, apresurose Luis a reunir en lindo ramillete las más hermosas y aromáticas.

Leonor eligió unas cuantas, y se las prendió en el corpiño. En tanto que la joven fijaba el haz de helechos y de campánulas, contemplábala Luis. “¡Es linda! ¡Muy linda! — pensaba—. ¡Qué ojos tan negros, qué sonrisa tan graciosa! ¿Qué hay en esta mujer que así me trae? ¡No es hermosa, con esa hermosura que avasalla y cautiva, no, pero hay en ella no sé qué!... Algo que atrae como el abismo. Hasta su conversación ligera, salpicada de chistes y de sátiras, inofensivas siempre, me encanta y me enamora. ¡Cuánta alegría revela! ¡Sí, me parece un pajarillo que pía regocijado!”

Se comió alegremente. Colearon los chicos, lucieron su habilidad en el charreo, pero Luis que era de fama para estos juegos y ejercicios rústicos, prefirió permanecer con las señoras, las cuales muy temerosas y asustadizas asistieron al espectáculo detrás de un vallado.

Dio el señor Redondo la señal de partida, era ya tarde, y para tomar los carruajes debían atravesar un llano, transponer una loma e ir al rancho.

Los jinetes andaban aún con los vaqueros, las señoritas iban en grupos, las personas mayores por otro lado, muy lentamente, Luis con Leonor. El joven ofreció su caballo.

—¡No, gracias! —dijo ella.

—Diré al caballerango que lo traiga.

—¡No, gracias! —repitió Leonor—. No sé montar... Me causa miedo ir a caballo.

Lo cierto es que Gamboa prefería ir a pie. Avanzaban a través del llano.

El sol caía majestuoso y magnífico sobre un lecho de nubes argentadas, incendiando los cúmulos que flotaban lentamente sobre las cimas de la cordillera, y dorando las eternas nieves del Citlaltépetl. Legiones de pájaros festivos y vibrantes cruzaban el cielo, las vacas regresaban con paso tardo hacia el establo, resonaban a lo lejos el río y la cascada, y el viento vespertino traía aroma de las flores que se abren al aproximarse el fin del día.

La pareja avanzaba lentamente. Luis encantado de la belleza de Leonor; ésta con los ojos bajos, tocando al paso con la contera de su parasol las matas de anisillo fragante que esmaltaban el césped.

Algo dijo el joven que hizo ruborizar a la joven. Ella fingió no haber oído, pero Luis insistía, y Leonor callaba. Respondió al fin, vencida por la súplica.

—Habría que pensarlo.

XI

PRESAGIOS DE TORMENTA

Días después, un cuidado de familia, la enfermedad de una tía residente en Puebla, llamó a las Quintanillas a la ciudad angelopolitana donde permanecieron hasta fines de agosto, pero no regresaron a Villatriste hasta mediados de noviembre. Buenas amigas, compañeras de la infancia, de tiempo muy atrás establecidas en México, fueron por ellas, y las tres muchachas subieron y bajaron por la gran capital. Al regresar trajeron mil cosas que vender: cintas, plumas, garzotas, libros, estampas, moños y perendengues, artículos que Carolina vendió pronto a sus amigas de Villatriste.

Durante la estada en México, Luis fue en busca de Leonor. Encontróse con las tres hermanas en la calle de Plateros, una mañana, a eso de las once, a la hora de la exhibición brillante. Detúvose a saludarlas, fuese conversando con ellas, y ofreció ir a visitarlas. Cumplió lo prometido y una noche ahí estaba Gamboa, cuando menos se le esperaba. Fue muy bien recibido. Era día de tertulia, si tal nombre merece la reunión de unas cuantas personas con objeto de divertirse y conversar con parientes y amigos de confianza. Luis fue muy bien recibido por los señores de la casa y por sus hijas; pero el pobre Luis, falto de trato e ignorante de los usos de aquella sociedad, nueva para él, no estuvo a gusto en la visita. Él no sabía hablar como aquellas gentes, y sí en Villatriste, como quien dice, en el terruño andaba siempre tímido, qué sería en la ruidosa capital, y entre personas desconocidas, que a Luis le parecían melosas hasta empalagar, corteses hasta el fastidio, y falsos y embusteros hasta decir basta. Estuvo violento, y a no ser porque aquella visita le proporcionaba ocasión de ver a Leonor, se la habría ahorrado de buena gana. Mucho temía

Luis que le declararan cursi las amigas aquellas, y más aún el parecer incivil y falto de trato, en aquella tertulia un sí es no es presumida.

Pero Luis tenía muy buen sentido, y portose como un cumplido caballero.

Agradó su reserva, su compostura, y lo que observaron en él aquellas gentes y que pudo parecerles provinciano o rústico fue tomado por genialidad invencible.

—¡Así es! ¡Siempre ha sido así! —repetía Leonor esa noche, acabada la reunión, y defendiendo precautoriamente a su amartelado galán contra cualquiera crítica de las señoritas Ponces.

Algo natural e inevitable molestó a Gamboa. Mucho había hablado de él allí, en aquella casa, desde el día del encuentro de Plateros, delante de los aparadores de La Esmeralda, la suntuosa joyería, a tiempo que las Quintanillas admiraban la rica pedrería expuesta en los escaparates; mucho se había tratado de su persona. Grato fue el encuentro para todas. ¡Siempre es grato lejos de la ciudad natal, encontrarse con algún coterráneo! ¡Para Leonor ni se diga...!

—¡Hemos venido muy bien acompañadas! —entró diciendo Carolina.

—¿Por quién? —preguntó una de las señoritas.

—Un paisano... un caballero que anda *ferido de amores y llagado de las telas del corazón*, como dice Clotilde Orcillés, la gran Clotilde, cuando presume de chistosa.

—¿Quién es él?

—Pregunta quién es ella —dijo Rosita precipitadamente.

—Pues... ¿quién es ella?

—La señorita que presente está —respondió Carolina, señalando a Leonor, que reclinada en el respaldo de un sillón jugaba risueña golpeándose con los guantes la palma de la mano.

Y prosiguió Carolina:

—Un muchacho de Villatriste, muy simpático, y que —según se cuenta— quiere ser mi cuñado, Luis Gamboa.

—¿Le ofrecieron la casa? —dijo la señora.

—¡No fue necesario! ¡No señora! —saltó diciendo Rosita—. Él solito se la ofreció, y dijo que vendría. Y vendrá... porque parece que en esta casa hay cierto imancillo que le atrae.

Hablose largamente de Luis. Elogiáronle las Quintanillas, y la señora, muy cariñosamente, felicitó a Leonor, si como decían era de mérito el galán.

Después de esto no era raro que al presentarse Luis en aquella casa, donde querían muy sinceramente a las Quintanillas, todas las miradas se fijasen en él y que todos lo viesan con interés.

Observolo Gamboa, y no le fue grata la curiosidad de los tertulianos. Leonor se quedó en el sitio que ocupaba al llegar Luis, no quiso aceptar un asiento que alguno le ofreció para que estuviera cerca del recién llegado.

Causó buena impresión, y a poco, cuando Gamboa se puso en pie para despedirse, manifestó que volvería a pedir órdenes antes de regresar a Villatriste. Antes iría a Pluviosilla, pero tendría sumo gusto en cumplir los encargos.

Despidiose y al despedirse, dijo:

—¡Ah! me olvidaba de decir a usted —dijo dirigiéndose a las Quintanillas—, que las Miramontes me encargaron que dijera a ustedes muchas cosas.

—¿Cómo están? —preguntó Carolina.

—Muy bien.

—¿Y tan guapas como siempre?— preguntó a su vez Rosita.

—Muy guapas... —contestó Luis.

Leonor no pudo disimular su disgusto, e impulsada por su carácter exclamó:

—¿Guapas? ¡No sé yo por qué dicen que son bonitas!

—¡Pues no todos piensan como tú! —replicó Carolina.

XII

IDILIO BREVE

Volvieron a Villatriste las señoritas Quintanillas pocas semanas después que Gamboa, y no bien supo éste que habían regresado allí, estaba de diario en la tienda de don Patricio. Leonor se mostró menos esquiva, y solía levantar los visillos a la hora en que Luis estaba enfrente. Cuando el tiempo era bueno, al caer la tarde, sentábase a la reja. Allí la sorprendió el joven cierta vez; saludó y enredó plática, una plática ligera y frívola que Leonor supo amenizar maravillosamente. Luis varió de pronto el tema de la conversación, y aproximándose a la reja, en voz baja, como si temiera que alguno lo oyese, recordó a Leonor la tarde de la gira, y le rogó que contestara francamente.

—Señorita —suplicó afectuoso—, no soy hombre de palabra fácil, de esos que saben entretener a las señoras, ni soy culto, ni tengo instrucción... No me llamó Dios por el camino de los estudios, pero tengo la rara cualidad de no hablar de aquello que no sé. Que me digan de cosas del campo y, como buen ranchero, hablaré de esas cosas... que de ellas entiendo; no soy persona que sabe conversar... ¡qué va a conversar un campirano como yo, si no es de ganados y de cosechas, de tierras buenas o malas para el cultivo, del café recogido, de los cafetos que florecen después de los primeros aguaceros, en fin, de eso y sólo de eso, de manera que no sé decir cosas bonitas, de esas que tanto agradan a las mujeres, pero, créamelo usted, tengo alma y corazón, y siento como el que más. No soy rico, pero tampoco soy pobre... Yo sé que el dinero no da felicidad, pero hay que decirlo, ¡ayuda, ayuda! Le ofrezco a usted mi corazón y mi nombre... ¿Los acepta usted?

Leonor bajó los ojos, y maquinalmente jugaba con las hojas de volumen que tenía en la mano.

Don Patricio observaba desde la tienda. Tan atento estaba, que iba anocheciendo y el establecimiento estaba oscuro.

—Respóndame usted, Leonor... —dijo Luis en tono de ruego...

—¡Qué decirle a usted! Poco nos hemos tratado... Le conozco a usted, porque... ¿quién no le conoce a usted en Villatriste? Ignoro si el carácter de usted podrá avenirse al mío. Usted no me conoce. No me ha tratado usted más que dos o tres veces: en el baile, en la gira, y en México. Y usted Luis tiene fama de raro, de retraído, hasta de misántropo... Yo soy todo lo contrario: me place subir y bajar, charlo alegremente con todo el mundo, gusto de fiestas y de baile... y (aunque no será siempre) pudiera ser que nada de eso le gustara a usted...

—Nada de eso me sorprende... lo sé... lo sé muy bien... Yo pregunto: ¿me ama usted, Leonor?

—Tanto como eso —respondió la señorita—, no puedo afirmar; me es usted simpático, más que simpático, y nada más...

—Nada más...

—¿Pues qué hacer?

—Esperar.

—¿Esperar?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo?

—Un año.

—¡La vida eterna!

Al oír la respuesta ruda y franca de Gamboa, Leonor, se echó a reír.

—¡Ya usted lo ve cómo no sé decir las cosas!... He provocado la risa de usted.

—Perdón, Luis... Es mi carácter... ¡Así soy yo! ¿Acaso he lastimado a usted?

—No Leonor, lo que me lastima es otra cosa...

—¿Qué?

—La indiferencia de usted para conmigo. ¡Mi vida es de usted... para usted vivo, nada más que para usted...!

—Gracias, Luis. ¡No merezco tanto!

—¿Un año?

—¿Le parece a usted mucho?

—La verdad, sí.

—¡Pues a mí no!

—¡A mí sí! —insistió el joven.

—Un año es lo prudente...

—Hagamos una transacción. ¿No se dice así?

Leonor hizo una señal afirmativa.

—Seis meses...

—No, un año. No soy una niña irreflexiva... Así se piensa seriamente. Me llaman ligera y hasta me tachan de casquivana, pero, créame usted, no lo soy...

—Leonor...

—Usted mismo me concederá la razón... Necesito cerciorarme de ese cariño... Un año... Durante ese tiempo... ¿me escribirá usted?

—Eso sí que no.

—¿Por qué?

—No entiendo de eso.

—Cualquiera creería que nunca ha tomado usted una pluma...

—¡Casi... casi!

Leonor se echó a reír. Luis prosiguió.

—¡Casi... casi! ¡Como no haya sido para escribir a algún amigo, para tratar de negocios... y pare usted de contar!...

—Nos trataremos...

—¡Lo deseo con el alma, con todo mi corazón! Si usted supiera... ¡Qué sueños míos! ¡Cómo hago castillitos en el aire! ¡Me imagino una vida tan dichosa al lado de usted! Soy como un pájaro perdido que el viento se trajo de muy lejos; como un árbol que solitario en la llanada vive de sí mismo, sin otros árboles que lo resguarden, sin más sombra que la sombra de las nubes...

El lenguaje pintoresco de Luis, su frase llena de color, la expresión vivísima de su afecto, cautivaron a Leonor, la cual se vio tentada a decirle:

“Sí, Luis le amo a usted, le amo. ¡Nada de plazos!” Pero un pensamiento reflexivo la contuvo ¡Y si me juzga mal! Y dijo:

—Un año, Luis. No insista usted.

El joven se quedó pensativo.

—Y si antes de que se cumpla el plazo...

—Si antes le amo a usted...

—Entonces.

—Entonces... todo quedará arreglado en dos palabras.

—¡Gracias, Leonor! algo es algo.

—Y si por parte de usted... Si varía usted de inclinaciones y de afectos entonces no tema usted decírmelo. Nos decimos adiós, y ¡como antes!

—¿Nos trataremos?

—Sí.

—¿Dónde?

—¡En todas partes!

—¿Aquí?

—No.

—Me dirigiré al señor don Antonio.

—No, Luis.

—¿Por qué?

—Porque no conviene. ¿No es preferible una completa libertad? Yo voy a todas partes, visito a todo el mundo. En todas partes nos veremos.

Era ya de noche. La tienda de don Patricio estaba aún oscura. Leonor percibía, a los reflejos del farol de la esquina, la rechoncha figura del vecino que parecía petrificado en la puerta de su tenducho. Leonor estuvo a punto de exclamar:

“¡Viejo más curioso!”

Miró la joven calle arriba, y dijo:

—Es ya muy tarde. Dentro de poco llegará mi papá... ¡adiós!

Tendió la mano a Luis, y se retiró de la reja.

Íbase Gamboa, cuando oyó la voz del tendero:

“¡Luisito! ¡Luisito!”

XIII

IN STATU QUO

Así iban las cosas en aquellos días lluviosos de que hemos hablado al principio de este libro. Leonor y Luis se veían de tarde en tarde, en alguna casa amiga donde ambos concurrían y, de ordinario, poco hablaban a solas. Luis parecía más enamorado que nunca, y Leonor se mostraba afectuosa con él, pero sin dar motivo para que la maldiciencia frívola tuviese nada que decir. Hasta iban olvidando las gentes si Luis era o no era novio de Leonor. Negocios urgentes llevaron al galán a Puebla y México, y el jardín del rancho estaba trazado, y la nueva casa principiada ya.

Ni Carolina ni Rosa hablaban del asunto, y el año corría y el término del plazo se iba aproximando. Cuando más y sólo por bromear a Leonor le decían algo acerca de Luis, en las horas de fastidio y de cansancio, cuando cesaba el ruido de la máquina, o cuando por la noche, no tenían visitas, y don Antonio cansado de sus labores burocráticas se retiraba a su alcoba y se metía en camita quejándose del reuma.

No sabía la joven del regreso de Luis hasta que le vio pasar aquella tarde, en que, a impulsos de su ingenio satírico, dijo de él que iba luciendo el paltó. No tardó en llegar la buena de doña Mónica, quejándose del frío, y a dar cuenta de cuanto pasaba en la ciudad. Leonor siguió de broma charla que te charla, ponderando por modo burlesco lo que ella llamaba la suprema elegancia de Gamboa.

—Y dime... —decía doña Mónica al oírla— ¿sigue haciéndote el oso ese pillastre? ¡Por Dios, hija, que no vayas a enamorarte de él! Mira y observa. Lo que una vez te dije es la pura verdad, aunque te parezca mentira... Eso de la Miramontes parece cierto.

—¡Pero, doña Mónica, por Dios santo, si Luis no es regidor desde hace dos años!

—¡Cómo, criatura! Si yo lo vi en la lista...

—Sí, pero renunció —dijo Carolina.

—Pues, entonces, ¿quién lo es ahora, Enrique Basurto?...

—Ése, ése fue quien arregló todo, pero lo hizo por instigaciones de Luis Gamboa.

Son como el cuerpo y la sombra...

—Ciertamente, son muy amigos, pero créame usted en eso no anduvo Luis.

—Pero, hija, si para nadie es un misterio que la Luisita le gusta mucho. Eso lo sabe medio mundo.

—Por allá le veo yo noche con noche, cuando voy de retirada; que te lo diga mi sobrina. Allí está sin falta.

—Porque se lleva mucho con ellas.

—Fíate de los hombres, Leonor... No los conoces.

—No, señora. ¡Eso no es cierto! —murmuró Carolina.

—Tampoco dirás que es cierto lo otro, lo de la trigueña...

—No digo nada.

—Yo cuento esto, no por andar divulgando vidas ajenas, líbreme el cielo, sino porque te quiero mucho y procuro librarte de un engaño. Escúchame.

Doña Mónica se compuso en el asiento y contó una historia escandalosa. Cómo, cuándo y dónde conoció Luis a la mulata (así dijo: mulata). “¡No es fea —exclamaba—, no es fea!” Y ahora está descompuesta. Contó cómo principiaron aquellos enredos. No parecía sino que Luis la había nombrado cronista de sus devaneos; tan enterada de todo estaba la señora. La mulata era hija de un empleado del Resguardo Marítimo, y actualmente residía en Veracruz, y Candelaria (tal era el nombre de la mujer) tenía otras hermanas, tres, una

mayor que ella y dos menores, las cuales eran de la misma vida, de la misma índole, y todas habían tomado camino semejante. Vamos, Luis se la había traído de Tlacotalpan, donde la conoció el 2 de febrero, en tiempo de fiestas, como dicen allá, y... ¡vaya!... Los muchachitos, ¡pobres criaturitas!, eran el vivo retrato de su padre...

—Hija —agregó la vieja—, como si vieras en un espejo la cara de Luis Gamboa!”.

Ella, doña Mónica, sabía todo muy bien... La mujerzuela no hacía misterio de nada... Cuarenta pesos le daba Luis cada quince días; él pagaba la casa, y no tenía el dinero para no gastarlo en aquella familia postiza. Los chiquillos andaban muy bien trajeaditos, no con elegancia, porque la mulata no entendía de esas cosas, pero, eso sí, muy limpios y arreglados. La casita aquella (en la calle de la Huerta de San Francisco, detrás de las ruinas del convento), muy bien ajuarada, y como una tacita de plata. Sí señor, así, porque Candelaria era muy hacendosa. Guisaba muy bien, de chuparse los dedos y enrejillaba y hacía unos retazos, que... ¡no había más que ver! ¡Eran de verse aquellas fundas que ella hacía, y aquellos pañuelos!

—¡Doña Mónica, por la Virgen Santísima! —exclamó Leonor, llenos de lágrimas los ojos... ¿Es cierto cuanto me dice usted?

—Como que me tienes delante.

—¡Y ojalá no fuera así! Me apena usted, me aflige.

—Vaya, criatura... ¡pobre de ti! ya vas confesando. ¡Y jurabas y perjurabas afirmando que Luis Gamboa era indiferente para ti!

—No por eso, señora...

—¿Pues, por qué te apenas y te afliges?...

—Porque es horroroso lo que usted me ha contado.

—Criatura... ¡de poco te espantas, de poco te asustas y por poco te afliges!... ¡Eso es el pan nuestro de cada día! ¡Eso pasa diez veces en cada calle! ¡Así son los hombres! ¡Así, ni más ni menos, desde que el mundo es mundo, y no puede ser de otra manera!

—Doña Mónica... ¡A qué venirme con esas historias! ¡No sé yo cómo hay gentes que se complacen en saber tales cosas y en contarlas a quien tiene la desgracia de oírlas!

Leonor trataba de refrenar su cólera y su pena, hizo esfuerzos vanos, se le anudó la garganta, y rompió en sollozos.

—No llores, criatura... Mejor que a tiempo lo hayas sabido, mejor que mejor. Piensa que vale más una noticia de estas que un desengaño. No llores, hija mía, no llores.

—Doña Mónica —suplicó Rosita—, no siga usted hablando de eso.

—Me apena afligirte —prosiguió la señora—, pero quiero que te convenzas de que en este negocio me intereso por ti, como si fueras algo mío. ¡Mucho que quise yo a tu mamá...! Por eso, por eso hablo como hablo.

Leonor seguía sollozando.

—Sí, doña Mónica, se lo agradezco a usted mucho, pero habría sido mejor no hablar de eso.

—No fue esta la primera vez. Otra ocasión te dije...

—Sí, pero como usted dice tantas cosas que no son ciertas.

—Ahora vas a llamarme embustera... maldiciente, entrometida, y no me agradecerás el favor... No me lo agradezcas... ¡Si quieres no me lo agradezcas!

—¡Sí, doña Mónica, lo agradezco mucho! —replicó la joven con amarga ironía.

—Pues ya lo sabes... ¿Tienes amores con Luis? Pues termínalos. Estás a punto de corresponderle (que así ha de ser), pues no le correspondas. ¡Desdichada de ti si te casaras con ese pillastre...! Si desde muy joven fue así... Dejó a sus hermanas para vivir solo y a sus

anchas, y siempre anduvo en malos pasos... De poco tiempo acá se conduce mejor..., ¡y ya ves! Mira bien el asunto, consulta con persona grave... y después haz lo que mejor te plazca... y que Dios te bendiga.

No pudo más la joven, y contestó trémula, separando el pañuelo con el que se había secado los ojos.

—Yo sé bien lo que debo hacer. No necesito consultar con nadie doña Mónica.
¡Basta de chisme y de consejos!

XIV

INSOMNIO

Horrible noche aquella. Leonor se revolvió en el lecho sin poder pegar los ojos, y en vano se arropaba en busca del sueño benéfico que hace olvidar por breves horas amarguras y penas. Le ardía el rostro, el corazón le palpitaba inquieto, y pugnaba inútilmente por conseguir el apetecido reposo. ¿Por qué tanta inquietud? Lo acertado era dormirse tranquilamente, sin pensar en nada. Al otro día vería todo de otro modo. El despecho y la precipitación son malos consejeros. Si cuanto habían dicho era cierto, que sí lo sería, sin duda que sí, llegado el plazo diría a Luis: “¡No!...” Y si era mentira, si el pobre Luis era víctima de una calumnia, entonces tanto mejor, qué triunfo para ella. ¡Y qué cosas, qué cosas le diría a doña Mónica! Acaso la vieja lo había hecho de buena fe... Si así era, debía agradecersele... Pero... por qué cuando por primera vez le dijo algo de aquello, lo oyó serena, como si trataran de personajes de novela... ¡Ah! Es que entonces Luis le era casi indiferente; le simpatizaba, a que negarlo, pero no le quería. Ahora era muy distinto; le amaba, sí, con toda el alma. ¡Si no le amara a qué tanta pena, a qué los sollozos y las lágrimas! Luis era bueno, al menos ella así lo creía... pero cuanto le habían dicho le rebajaba, le hacía despreciable, indigno de ser amado. ¿Qué mujer, si en algo se estima, pone su amor en persona como Luis, para quien el qué dirán nada significa, en quien no respeta a la sociedad en que vive ni se respeta a sí mismo? ¿Sería verdad, como dijo doña Mónica que eso pasa en cada calle, a cada paso; que los hombres, todos o casi todos, eran, han sido y son así? ¿Sería cierto que ningún hombre se llega al altar para dar la mano a una joven que desde ese día será compañero de su vida, hueso de sus huesos y carne de su

carne, sin sonrojarse, sin que le abrase el rostro de vergüenza, al sentirse indigno de la mujer que ha elegido por esposa? Ella no había amado nunca. Jamás dio oído a tantos galanes que desde muy niña le habían dicho amores, ¿y era justo que ella, ella que tenía el alma sana, enlazara su destino al destino de un hombre pervertido, capaz de unirse vilmente, por modo vulgarísimo, con una hembra de tal clase y condición? No, sin duda que no. Sino cruel persigue a toda ilusión noble a todo anhelo generoso.

¡Cómo se malogran y se convierten en penas, en pesares hondísimos, las esperanzas más nobles y puras! “¡Mañana, mañana —se repetía—, mañana pensaré en eso! ¡Ahora necesito dormir, necesito descanso!...” Trataba de alejarse de sí misma, de huir de su propio pensamiento; pero todo esfuerzo era inútil. Oía las horas y los pasos de los transeúntes, madrugadores o desvelados, y se revolvía bajo las ropas, como devorada por la fiebre. ¡Vicio atroz el de la murmuración; qué repulsivo quien murmura; qué asqueroso el maldiciente; cuán perverso quien se complace en divulgar faltas y pecados ajenos! Entonces se dio cuenta la joven de que ella murmuraba; de que ella solía complacerse en inquirir ajenas faltas y ajenos pecados, y comprendió cuanto mal puede hacerse por el camino, y cómo un chiste, una sátira, la comunicación indiscreta de algo que pudiera quedar en el olvido es causa, al parecer insignificante, de cien mil pesadumbres, y no pocas veces de la infelicidad de una vida.

Propúsose no ser así jamás, dejar de hablar como siempre había hablado de los demás, juró proceder de otra manera en todas ocasiones, y hacer callar a quien en presencia suya dijera mal de los ausentes; refrenar su imaginación, contener los ímpetus de su ingenio cáustico y burlón... y... averiguar si era cierto cuanto le había contado doña Mónica; inquirir si Luis galanteaba a Luisita Miramontes, y averiguar muy discretamente, con mucho tiento, con exquisito tacto el lío, sí, el lío ese en que tan enredado andaba Luis. No le diría a él una

sola palabra del asunto, eso no parecía conveniente... ¿con qué derecho? Pero lo averiguaría... ¿Con quién? Con Pepe López, con Ernesto Carriles, con el tronera de Paquito, que era un bobo y se perecía por contar esas cosas.

Si era cierto... ¡Ya sabía ella lo que aconsejaban la dignidad y el deber! Si no era verdad lo que se había dicho... ¡qué felicidad! Si lo primero... ¡qué horrendo desengaño!

Al fin vino el sueño, vino cuando las campanas dieron el toque de ángelus, y cuando la luz matinal, tan grata para el afligido, principió a clarear en la vidriera de la alcoba. Y se durmió. Rara pesadilla: soñó con una fuga de farolillos japoneses que pasaban con celeridad vertiginosa... El gesto de todos aquellos farolillos era el gesto de doña Mónica, cuando decía:

“¡Lo hago por tu bien, por tu bien, criaturita!”.

EN POS DE LA VERDAD

Triste y pensativa andaba la pobre de Leonor. Tan suelta de palabra, tan extremosa para todo, cuando alguna pesadumbre la afligía, si alguna pena la abrumaba, era la joven muy reservada y sigilosa, y solía decir: “Si la cosa tiene remedio, ponerle; si no lo tiene, callar”. En esta ocasión así lo hizo. Ocupose desde luego en inquirir la verdad, lo cual no fue difícil.

Esa misma tarde pasó por allí Paquito Redondo, muy barbilindo y emperifollado, luciendo como de costumbre la coruscante corbata y preso, bajo su palabra de honor, dentro del fuerte recinto de su cuello monumental.

Detúvole Leonor con unos cuantos golpecitos dados en la vidriera; volvióse el chico para ver quién le llamaba, la joven le indicó que entrara, y ahí me tienen ustedes a Paquito charlando más que una cotorra.

—¿Para qué me querías? Vamos a ver. Te advierto, Leo, que estoy deprisa; me están esperando las Carriles. Me invitaron a merendar, y la cita es a las seis en punto. ¿Me entiendes? Así, Leo, ya lo sabes, al grano...

Esta era la manía de Paquito, siempre andaba de prisa.

—Ya lo sabes, me gusta mucho platicar contigo; me paso las horas sin sentirlas, oyendo tus críticas; porque sí, Leo, aunque tú no lo quieras confesar, tienes una lengüita de lo fino... ¡de lo fino, mujer! Días pasados lo decían en el billar (allí estaba Pepe López, pregúntaselo), decían que eres temible...

Miró el reloj, y siguió hablando.

—No me quedan más que treinta minutos. He ofrecido que seré puntual, y lo seré.

¡Habla, por Dios!

—Necesitaba yo de ti.

—¿En qué puedo servir a usted, señorita mía? —preguntó el mocito zalameramente.

—Primero: es cuestión de flores...

—Ya me lo imaginaba yo, ¿qué plantas quieres que te consiga? ¿Crisantemas?

Crisantemas decía.

—Sí, unos crisantemos que hay no sé dónde, color de violeta.

—Ya los conozco, en casa de las Martínez. Y tienen otros muy lindos, chiquititos, encantadores, de los que están de moda en París.

—Pero no digas que son para mí.

—Pierde cuidado. ¿Qué otra cosa?

—¡Por Dios, Paco! Ten calma.

—Vaya, pues... me sentaré; pero habrás de regalarme unas rosas de esas para obsequiar con ellas a las Martínez.

—Cuenta con ellas. ¿No has visto a Luis?

—Estuve esta mañana a buscarle, y no lo encontré. Está en el rancho. ¿Y eso cómo va? Ya sabes que a mí me debes aquellas horas dichosísimas del día de campo. Yo me porté muy bien, pero tú no eres franca conmigo. ¿Cómo va eso?

—Como siempre. Luis se muestra conmigo muy cortés, muy atento, y nada más.

—Pero di, di... ¿te simpatiza?

—Ya te dije que ni me simpatiza ni me repugna. Más bien lo primero.

—¡Me alegro, él es tan discreto como tú; pero yo creo que te quiere mucho, mucho!

Si tú le correspondes, boda tendremos. Creerás que no ha tenido en toda su vida ni una

novia. Tú serás, o, mejor dicho, tú eres la primera que ha conseguido cautivar ese corazón. Está Luis inconocible. No va al billar ni a la cantina, no juega. Luis no es jugador, pero le gustaba pasar el rato. Lo que es ahora, ¡ni por pienso! Antes... te lo diré... tenía sus quebraderos de cabeza, hoy con una, mañana con otra.

—¡No le calumnies, Paco!

—¿Calumniarle yo? ¿Yo? ¡Yo que le quiero tanto!

—Pues hay quienes se complacen en eso. El otro día, la semana pasada, vinieron a contarme mil cosas. Si yo tuviera amores con Luis no me traerían tantas noticias de él. Creyeron, sin duda, quienes me lo contaron, que a mí me interesaba esa noticia... Y aunque así fuera, y tuviéramos amores, habría sido lo mismo. No soy yo de esas mujeres para quienes ciertas cosas son imperdonables... Figúrate tú que vinieron a decirme... que Luis tenía una querida, una costeña que se llama Candelaria, la cual vive en la calle de la Huerta de San Francisco; sí, por ese rumbo, y que esa señora tiene hijos de Luis. ¿Sabes que eso es una calumnia atroz?

Sonrió Paquito y se columpió en la mecedora.

—¿Y tú qué contestaste, Leo?

—¿Yo? ¡Pues qué había de contestar! Que no me interesaba el asunto; pero que si yo fuera novia de Luis, no me preocuparía por eso, porque yo estaría siempre en mi sitio, y ya vería yo la manera de que eso se acabara, y... ¡Vaya si se acabaría! ¡Qué gente, señor, qué gente! Por supuesto que después... dije lo que venía al caso, para dar su merecido al noticioso.

—Pues, Leonorcita, no mentían. Te dijeron la purita verdad. Yo quiero mucho a Luis, pero amor y aborrecimiento... Si tú supieras latín te diría yo un verso de Horacio que

aprendí en el Colegio Católico, cuando estuve allá y el señor Jibaja quería enseñarme literatura... No te engañaron. Me consta.

—Mira, Paquito, ¡no me engañes!

—Me consta, mujer... Yo conocí a Candelaria en el rancho... Allí la tuvo Luis mucho tiempo, y conozco a los niños... ¡El vivo retrato de su padre!

—Nada de raro es eso. Los hijos naturales salen siempre así.

—Para que la cosa no quede oculta —dice mi mamá.

—Pues yo, si fuera novia de Luis, pronto acabaría con eso.

—Y harías bien. ¡Pobres mujeres, Leonor! Dice un autor que las mujeres se conforman con ser el último amor de su marido. ¡Triste cosa! Y ya me voy... Estarán esperándome para la merienda. ¿No se te ofrecía otra cosa?

—Sí, que me prestes una novela bonita...

—La tendrás mañana.

XVI

LOS SABERES DE LA SEÑORITA ORCILLÉS

En la noche, en Villatriste, es costumbre que las señoras salgan de paseo, un ratito, de siete a ocho. Van a tiendas a comprar naderías, hilo, agujas, artículos de ferretería; pero nunca telas. Las Quintanillas, cuando el tiempo era bueno, seguían la tradición y daban su vuelta por el Jardín Morelos, o por la calle de la Reforma, hasta la iglesia de las Nieves.

Esa noche, al salir, dijo Leonor a sus hermanas:

—Pasaremos por la casa de Clotilde Orcillés. Si está allí y no anda de convite, me dejan allí un rato. Le tengo ofrecido ir a verla para que me dé unas recetas. Ustedes se van a pasear, y al regreso me llaman por la ventana. Les suplico que no me tengan allí hasta las nueve de la noche. ¡Ya saben cuánta es la amenidad de la conversación de nuestra amiga!

No había salido la Orcillés. Tejía no sé qué cosa cerca de un velador, y tenía en el regazo un falderillo. ¡Como siempre, estaba de lo más compuesta, muy bien peinada, cautivas en apretado corsé las superabundancias plásticas de su interesante persona!

—¡Entra, Leonor, entra! En ti pensaba yo, recordando que me habías ofrecido venir por las recetas. Tengo listas para entregártelas no sólo las que tú querías, sino otras más. Ya verás, pruébalas: una de queso a la príncipe Gales, que sale riquísimo; otra de bollos para el té, magnífica, y otra de crema de lima, que es un dulce celestial. Ya estaba yo pensando en ir a verte mañana... porque contigo no se puede contar, desde que Luis Gamboa cautivó ese tu corazoncito de paloma. ¡Tienes razón, Luis es muy simpático!

—Por favor, Clotilde, no me hables de eso. ¿Sigues con el mismo tema?

—Mientras tú no seas franca conmigo, conmigo que soy la más dulce de tus amigas, y la que más te quiere.

—Pero, hija... si no hay nada de lo que tú te imaginas...

—Niega, niega... ¡Acuérdate de san Pedro que lloró lágrimas de sangre por haber negado a su Maestro!

—Hablemos de otra cosa. Dime, ¿y por qué no me saludaste el otro día, la tarde aquella que pasaste por casa?

—¿Yo?

—¡Sí, tú! ¿Con quién ibas? No me acuerdo... Espera, sí, con las Miramontes.

—Con las Miramontes... —No hija... ¿a quién tomarías por mí? Si yo no he salido con ellas a la calle. Estuve a visitar los días pasados, a corresponder su visita, y a conocer la escuela. ¡Si tú vieras que bien arregladita la tienen! ¡Para eso, nadie como ellas! ¡Qué aseo! ¡Qué orden! ¡Lástima que no puedan durar mucho allí! Lo peor del caso es que si el señor cura no se compadece de ellas, no sé yo lo que harán esas niñas... ¡Dios les dé marido! Eso resolvería todas las dificultades, porque el hermanito (estarás enterada de todo) no sirve para nada, como no sea para embriagarse en las cantinas. Hace más de un año, que como si no tuviera hermanas... ¡Antes iba poco... pero desde que el muy cínico se echo a vivir con esa perdida... la corista aquella de los ojazos, aquella que traía mareados a tantos y tantos! ¡Pobres muchachas! ¡Si tú supieras lo que pasa...!

—Pues dilo, mujer.

—El otro día, cuando la infeliz de Luisa me lo contó, la desdichada lloraba a lágrima viva. ¡Qué infamias se cometen! Si te digo, criatura, que esos hombres merecen que los quemem vivos. Las comprometieron a aceptar la escuela, y por cierto que costó mucho trabajo que se los dieran. A no ser por una carta de arriba que les consiguió no sé

qué persona de México, ¡no hay nada! El regidor del ramo y Jurado, tomaron en ello gran empeño. Luisa hizo el sacrificio de meterse a oradora... (Eso es una cosa, Leo, que no puedo perdonarle a Luisa). Por fin, después de mil zozobras y disgustos, les dieron la escuela. ¡Y ellas tan contentas! ¡Tan agradecidas a Jurado y al inspector! Imagínate tú, no les faltan, que les sobran en el Ayuntamiento, algunos enemigos... ¡Y ahora salimos con que los favorecedores son más temibles que los contrarios! ¡Si no es para dicho! Los dos son un par de pícaros... el Jurado y el Varillas... El viejo se ha prendado de una hermana y Varillas de la otra, y ahí tienes tú, a los muy bribones, en la escuela, a todas horas, sin que las niñas puedan decirles la menor palabra. ¡Los dos son casados, hija, los dos! Y qué atrevidos y qué osados... Ya los dos declararon su pasión ardiente, y las pobres muchachas no saben qué hacer. Yo les aconsejé que lo consultaran con el señor cura, o que le escriban al gobernador... Ése es el único remedio, para que las dejen en paz y para que, el año próximo, esos señores no sean favorecidos por el... voto popular.

—Pues yo había oído decir que a Luis Gamboa, que es muy bueno, muy generoso, y muy amigo de Varillas, le debían el empleo.

—No, hija, Luis no se ha metido en eso. Por el contrario, se valió de una persona, ¡vaya, de mí! para que les dijeran a esas pobres niñas que se cuidaran de esos zánganos.

Respiró Leonor, y habló de otra cosa. Recibió las recetas, vinieron por ella Carolina y Rosa, y el punto aquel, tan oscuro, quedó aclarado.

XVII

FIN

A la mañana siguiente, recibió Luis una tarjeta de Leonor que decía así:

Leonor Quintanillas, suplica a usted le haga el favor de venir esta tarde a esta casa, después de las cinco, para tratar de un asunto importante.

Muy puntual a la cita estuvo el joven. Recibiéronle Rosa y Carolina, a poco salió Leonor, y la conversación fue enredándose del modo más agradable. Una tras otra, con frívolo pretexto, se retiraron las hermanas mayores.

Al verse solo con Leonor, díjole Luis:

—¡Con qué gusto he venido! Me imagino la resolución de usted. Por fin acepta usted mi cariño...

—Mucho tenemos que hablar —contestó Leonor—, mucho y muy importante. Perdone usted, si por casualidad, y muy a mi pesar, puede usted estar seguro de ello, se me escapa alguna frase amarga, alguna palabra dura. Hay cosas de las cuales no se habla con frases de miel.

Luis no acertaba a comprender adónde iba la joven. Ésta prosiguió:

—Me manifestó usted su afecto, y yo no le rechacé; me dijo que me amaba, y yo que sentía por usted simpatía vivísima, callé, y ni di a usted esperanzas ni le rechacé con un desaire; no debía yo hacer ni lo uno ni lo otro. Pasaron los meses, me conduje, como era natural, con el mayor decoro, usted insistió y yo le escuché otra vez. Entonces no disimulé

que le prefería, pero no quise que ni usted ni yo quedáramos comprometidos, ¿no es verdad? Fijé un plazo; usted le quiso más corto, y yo no accedí. Me comprometí únicamente a abreviarlo si lo creía debido, si me convencía del amor de usted, y si me lo ordenaba el corazón. Ese momento llegó, Luis, y para tratar de eso he molestado su atención y le he distraído de sus ocupaciones.

—¡Gracias Leonor! ¡Gracias! ¡Mi felicidad no tiene límites!

Leonor le detuvo con un ademán:

—He sabido... Perdóneme usted, perdóneme, pero hay cosas que deben ser dichas... He sabido que usted, por un error juvenil, por extravíos de la edad, por falta de experiencia, por la vida de esta ciudad, llamada con razón Villatriste, vida engendradora de tedio, de aburrimiento y de vicios, hace tiempo contrajo usted lazos ilícitos que tienen que ser desagradables a una mujer que algo vale y que se estima en mucho.

Luis palideció, encendióse después, e iba hablar.

—¿Es cierto eso?

—¡Sí, Leonor!

—¿Es verdad que esos amores... eso?

—Soy padre de varios niños.

—Lo sabía yo, pero he querido oírlo de labios de usted.

—Es cierto.

—Pues bien, ¿quiere usted que le dé mi corazón, mi mano, que sea yo la compañera de su vida?

—Sí, Leonor.

—Pues... deseo en usted un hombre nuevo, purificado de las manchas ésas.

—Lo seré.

—¿Romperá usted esos lazos que le deshonran y le avergüenzan? Me lo dice claro el rostro de usted.

—Hoy mismo.

—¡Y esos niños! ¡Hijos son de usted... y no deben vivir lejos de usted! Comprendo que la madre... ¿Podría educarlos convenientemente?

Luis con un movimiento de cabeza dijo que no.

—No, sin duda. Pues los recogerá usted, y los llevará a nuestro lado. Yo seré para ellos como una madre.

—¡Leonor, es usted un ángel!

La joven sonrió satisfecha de sí misma.

—No seré la madrastra, créalo usted... Yo prometo cumplir debidamente, y que murmuren y comenten; que charle Galeoto,¹³ no le temo. Pero exijo de usted vida nueva, para hacer de usted, a quien amaré con toda el alma, a quien amo ya con todo el corazón, lo que ha debido ser desde los primeros años.

Luis se inclinó, y tomando la mano de Leonor, se la estrechó suavemente.

—¡Sí, Luis, seré esposa de usted, y diga el mundo lo que quiera, murmure lo que le plazca; y que se comente nuestro matrimonio en todos los círculos, bien o mal, desde las sacristías donde chismean beatas, hasta en la casa de Clotilde Orcillés que es para mí un símbolo, el alma triste por excelencia, la personificación viviente de nuestra aburridora

¹³ En la historia del romance de Lanzarote, caballero de la Mesa Redonda, y la reina Ginebra, Galeoto es quien incita a Ginebra a besarse con su amante. En el canto V de *La Divina comedia*, Francesca de Polenta, al leer los amoríos de la reina Ginebra, es incitada a besar a su amante: “Leíamos un día, por gusto, cómo el amor hirió a Lanzarote. Estábamos solos y sin cuidados. Cuando leímos que la deseada sonrisa fue interrumpida por el beso del amante, éste, que ya nunca se apartará de mí, me besó temblando en la boca. Galeoto fue el libro y quien lo escribió. Aquel día ya no seguimos leyendo.” (Dante Alighieri, *La Divina comedia*, en *Obras completas*, Nicolás González Ruiz [versión castellana, sobre la interpretación literal de Giovanni M. Bertini], José Luis Gutiérrez García [colaboración], Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 5ª ed., 2da reimp., 2002, pp. 45-46)

ciudad! No sé dónde leí que la tristeza, alma de la vida moderna, es en el mundo actual fuente de males y engendradora de vicios. Ciertamente, la virtud es alegre.

—Leonor, nunca soñé con tales dichas. Seré bueno. ¿No es verdad que el arrepentimiento es más meritorio que la inocencia?

—Ahora, espere usted a mi padre y pídale mi mano.

Y en seguida gritó:

—¡Carolina! ¡Rosa! ¡Vengan! ¡Todo está arreglado!

Al llegar las hermanas levantose Leonor, y con aristocrático porte, con énfasis dramático, hizo la presentación, imitando una escena de Ohnet¹⁴ y haciendo reír a Rosa, a Carolina y a Luis.

—Mi hermana Carolina... Mi hermana Rosa...

Y, señalando a Luis:

—¡Mi prometido!

¹⁴ Georges Ohnet (1848-1918). Narrador y dramaturgo francés.